

Sociedad Científica Española de Psicología Social

BOLETÍN SCEPS

NÚMERO 4. ENERO – ABRIL 2015

The logo for SCEPSΨ is located at the bottom center of the page. It consists of the letters 'SCEPS' in a bold, purple, sans-serif font, followed by a purple Greek letter Psi (Ψ). The entire logo is contained within a white rounded rectangular box.

SCEPSΨ

SUMARIO

I CONGRESO SCEPS

2. **Valoración del I Congreso de la Sociedad Científica Española de Psicología Social celebrado en Sevilla** por Sofía Buelga, Isabel Cuadrado, Ángel Gómez, Sofía López-Roig, Jaume Masip y Silvia Ubillos.

ENTREVISTAS

9. **La visión senior: Dr. Silverio Barriga**, Universidad de Sevilla.
16. **La visión junior: Dra. Silvia Collado**, Universidad Autónoma de Barcelona.

ARTÍCULOS

22. **La muerte violenta de un *whistleblower*** por María Matilde Balduzzi, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
26. **Para una historia de la Psicología Social en España: materiales sobre la aportación de la Universidad de Barcelona** por Frederic Munné, Universidad de Barcelona.
38. **Serge Moscovici: una sinopsis de su legado intelectual y científico** por Juan Antonio Pérez, Universidad de Valencia.

VALORACIONES I CONGRESO SCEPS

El pasado 20, 21 y 22 de noviembre de 2014 se celebró el I Congreso de la Sociedad Científica Española de Psicología Social y el XII Congreso Nacional de Psicología Social en la Universidad de Sevilla. Hemos preguntado a seis colegas sus impresiones sobre el mismo. Os las mostramos a continuación y les agradecemos su colaboración.



Sevilla, 2014



El congreso tenía por objetivo recuperar un espacio de encuentro y de visibilidad de la Psicología Social Española. Ciertamente, este congreso supuso un necesario y esperado lugar de encuentro e intercambio de reflexiones entre personas de la misma disciplina. A través de 22 mesas temáticas, 20 simposios, cuatro sesiones de posters y dos sesiones especiales, además del acto de inauguración y clausura, se tuvo la oportunidad de conocer la amplia pluralidad de temáticas de investigación que se están realizando en nuestras universidades.

El público asistente fue muy participativo, contribuyendo con sus preguntas y reflexiones a enriquecer los debates que se desarrollaron a lo largo del congreso. De especial mención fue la sesión *Recuerdos y testimonios de la historia de la Psicología Social en España* en la que participaron los profesores Dr. D. Silverio Barriga, Dr. D. Florencio Jiménez Burillo y Dr. D. Frederic Munné, y en la cual rememoraron la historia de la Psicología Social desde el primer encuentro de 1980. En reconocimiento a su dilatada trayectoria profesional en nuestra disciplina, estos profesores y otros socios jubilados de la SCEPS, fueron homenajeados en la cena de clausura con sendas placas de reconocimiento.

También, en este emotivo acto de cierre del congreso, se entregaron los premios de investigación a jóvenes investigadores y los reconocimientos a distintos miembros del comité local del Congreso. En definitiva, solo queda agradecer a la organización del congreso el intenso trabajo realizado que nos ha permitido compartir un interesante espacio de encuentro y de reencuentro entre psicólogos y psicólogas sociales.

Sofía Buelga,

Universidad de Valencia.



La Psicología Social española goza de buena salud. El I Congreso de la SCEPS, celebrado gracias a la iniciativa de un grupo de entusiastas compañeros, constituye buena muestra de ello. Tras cinco años sin disfrutar de encuentros de esta naturaleza, numerosos colegas acudimos a Sevilla deseosos de reencontrarnos e intercambiar y debatir ideas y proyectos.

Creo que no me equivoco al afirmar que el resultado superó nuestras expectativas. Fueron dos días y medio intensos, con mesas temáticas, simposios y sesiones de póster caracterizadas por la coherencia, el rigor, el atractivo de los temas abordados y la apertura al debate. Otro de los aciertos del programa fue la elección de los dos conferenciantes de reconocido prestigio en nuestra disciplina.

A ello se sumaron elementos innovadores respecto a congresos anteriores, como el recorrido por los casi 35 años de historia de la Psicología Social en España de la mano de importantes maestros del área. En contraste, los “jóvenes investigadores” premiados por la SCEPS también gozaron de un merecido espacio destinado a exponer sus excelentes aportaciones. Por si esto fuera poco, entornos tan bellos como el Real Alcázar, el Guadalquivir o la Torre del Oro envolvieron con el “color especial” que tiene Sevilla los encuentros informales con los colegas, propiciados también en los descansos celebrados al aire libre en la Sede Oficial del Congreso.

Afortunadamente, muchos de los momentos vividos no quedarán sólo en el recuerdo, sino también en imágenes captadas en numerosos instantes. Nada fue dejado al azar. Todo evidenciaba el tiempo, esfuerzo y cariño que los miembros del Comité de Dirección del Congreso nos dedicaron. Para todos ellos, un fuerte aplauso.

Isabel Cuadrado,

Universidad de Almería.



"Querida amiga, me han invitado a escribir un comentario sobre el congreso de la SCPES y aprovecharé para contarte mi opinión, ya que no pudiste venir. Esperaba este congreso con unas expectativas altísimas, y he vuelto con la sensación de que la mayoría se han superado. Ha sido como un congreso nacional con espíritu de *Small Meeting*.

La selección de trabajos ha estado muy cuidada, el tiempo para exposiciones adecuado, dejando espacio para el debate (aunque algunos han querido más!), hemos puesto cara a muchos colegas y, sobre todo, nos hemos dado cuenta de que la psicología social en España está dando un cambio importante y nuestra expansión internacional cada día va a más, a pesar de los recortes. Ciertamente hay algunos pequeños detalles que mejorar, como la organización de las comidas, la ubicación y horario de los posters, y no solapar sesiones con contenido similar.

Sabes que somos quienes somos por las experiencias intensas que hemos vivido y compartido con personas importantes para nosotros. Así que el mejor resumen que podría hacerte es que este encuentro quedará en mi memoria para siempre. Aunque no pudiste venir, se encargaron de que estuvieras allí de una manera u otra. Así que debes saber que tanto tú como otros muchos que habéis sido ejemplo nos acompañasteis en este primer encuentro que ha resultado ser el principio de algo que se recordará como un antes y un después en la Psicología Social Española... mi querida maestra María Ros que estás en los cielos...".

Ángel Gómez,

Universidad Nacional de Educación a Distancia.



El congreso consiguió lo que pretendía: generar un lugar de encuentro, reencuentro para muchos, que volviera a facilitar el intercambio científico y personal en nuestra área. Mucho antes de su comienzo, la información estaba accesible y completa, en un formato amable. El comité científico compartió con todos los participantes el esfuerzo de selección al limitar el número de trabajos, por lo que asistimos a una impecable programación científica organizada en día y medio.

Se reunió en una misma mesa a los profesores Barriga, Jiménez Burillo y Munné, y pudimos asistir a una síntesis de conocimiento y de historia de nuestra área; un regalo a través de la experiencia de tres grandes protagonistas, que resultó escaso, ya que hubiéramos preferido poder escucharlos hasta el final de su exposición.

El bien elegido edificio que acogió el congreso facilitó también la buena organización de las comidas y cafés, contribuyendo sin duda a generar espacios para interactuar. Con ese mismo horizonte, habrá que cuidar más el tiempo y el lugar para la presentación de posters, como actividad que reúne ambas posibilidades de encuentro personal y científico.

Todo lo anterior, junto a la inclusión de actividades lúdicas, hizo que la relación final del coste y servicios ofrecidos fuera más que adecuada. Agradecemos la atención personal constante de los organizadores y su interés por evaluar el congreso, cuyo mejor indicador de resultado es la expectativa de continuidad generada en el área.

Sofía López-Roig,

Universidad Miguel Hernández.



El pasado mes de Noviembre tuvo lugar el I Congreso de la SCEPS en la hermosa ciudad de Sevilla. Fue agradable encontrarse con viejos y nuevos colegas tras el “parón” de los antiguos congresos nacionales de Psicología Social, y constatar la buena salud de que goza la disciplina en nuestro país. Sorprende el número de jóvenes investigadores que acudieron, pese al momento de crisis y los consecuentes recortes económicos. Fue un congreso notable, tanto en número de asistentes como en organización, que ofreció una mirada tanto al pasado como al futuro.

Dicho éxito no implica que no haya aspectos susceptibles de mejora. Fue desafortunado que el tiempo de exposición de los posters coincidiera parcialmente con otras sesiones y con el horario del café... que se servía en otro lugar.

Se habría agradecido mayor flexibilidad en el tiempo de presentación, dada la diversidad (complejidad, número de experimentos...) de las comunicaciones presentadas. Interrumpir las magistrales conferencias de nuestros venerables decanos (Barriga, Jiménez Burillo y Munné) para ajustarse al horario resultó poco afortunado; habría sido preferible invitar sólo a uno de ellos.

De cara al futuro, se agradecería una oferta amplia de talleres pre-congreso. Finalmente, más allá de la natural asistencia de colegas latinoamericanos, hubo numerosas contribuciones fruto de colaboraciones internacionales. Esto invita a plantearse la internacionalización del congreso. Un primer paso en esta dirección, además de publicitar el evento en foros internacionales, podría ser aceptar comunicaciones también en inglés. Con todo, fue un buen congreso y un excelente augurio para el futuro.

Jaume Masip,

Universidad de Salamanca.



El XII Congreso Nacional de Psicología Social ha supuesto un hito dentro de la Psicología Social Española al permitir reanudar encuentros que ayudan a visibilizar el trabajo realizado dentro de nuestra área y compartir experiencias que son un estímulo y fuente de inspiración.

Como puntos reseñables destacaría: la comunicación por parte de la secretaría del congreso informándonos de todo el proceso de forma amable y eficaz; la asamblea en la que no sólo se informó sobre las cuestiones del congreso con total transparencia sino que se sentaron las bases de la defensa de nuestra posición en la psicología española; el nivel de los trabajos y debates debido al riguroso proceso de selección de los mismos; el número de asistentes a las sesiones debido a la acertada decisión de no programar varias sesiones al mismo tiempo; la cena de clausura puesto que es un espacio distendido de intercambio que se realizó en un entorno agradable y a un precio muy asequible, lo cual demuestra la sensibilidad de la organización por los gastos en los que se incurre a la hora de asistir a un congreso.

Sin embargo, la Psicología Social del siglo XXI debería incorporar la perspectiva de género, evitando esa imagen de la mesa inaugural formada exclusivamente por hombres, aunque existan razones de protocolo que lo justifiquen. La ausencia de mujeres en dicha mesa es un triste reflejo de nuestra sociedad. La Psicología Social debería comprometerse y ejercer un papel activo para evitarlo. Otra cuestión importante es conceder más protagonismo a los posters, organizando sesiones en los que sus autores en cinco minutos resumiesen sus contenidos. Una última cuestión sobre la dieta alimenticia, sería reducir la “bollería industrial” e incrementar la presencia de frutas y ensaladas.

Mi valoración general del Congreso es altamente positiva y hablo en nombre de muchos colegas al decir que a este tipo de encuentros sí merece la pena asistir.

Silvia Ubillos,

Universidad de Burgos.

ENTREVISTAS

Continuamos aportando una doble mirada al campo de la Psicología Social entrevistando a un colega senior y a una colega junior. En este número entrevistamos al Dr. **Silverio Barriga** y a la Dra. **Silvia Collado**, galardonada con el premio SCEPS 2014 a jóvenes investigadores.

LA VISIÓN SENIOR: SILVERIO BARRIGA

Silverio Barriga nació en un pueblecito de Cuenca (Vara del Rey, 1942) y pronto se dispuso a recorrer nuevos caminos. Su vocación por la docencia le llevó a obtener el título de maestro en Barcelona y a licenciarse luego por la Universidad de Salamanca en “Teología: Sección Ciencias Religiosas”. Sigue su recorrido por Bélgica y Francia para estudiar en la Universidad de la Sorbona y licenciarse en “*Sciences Humaines Cliniques*” (Université Paris VII) y en “*Sciences de l’Éducation*” (Université René Descartes Paris V).



En París también realiza la maestría y el doctorado aunque defiende su tesis en Barcelona, donde se licencia en Filosofía (Sección Psicología) y se doctora en Psicología. Inició su carrera como docente en la Universidad Autónoma de Barcelona y la continuó en la Universidad de Sevilla, donde ganó una cátedra de Psicología Social en 1983. La importancia que ahora se da a la movilidad interuniversitaria parece que no le pilló por sorpresa. Esa vivencia multicultural conllevó que se casara en Francia (con una filóloga parisina), tuviera a su hijo en Barcelona y viva ahora entre Sevilla y las playas de Cádiz.

Su estilo emprendedor le llevó a organizar en 1980 en Barcelona, junto a otros colegas, el considerado primer Encuentro de la Psicología Social española, embrión de los futuros congresos del área. Presidió también el comité organizador del congreso de 1993 en Sevilla. Si en 1980 habían invitado a Serge Moscovici a aquel primer encuentro, en 1993 lo apadrinó como doctor Honoris Causa por la

Universidad de Sevilla y en 2014 pudo homenajearle -tras su reciente fallecimiento-, en su ponencia invitada en el primer congreso organizado por la SCEPS, también en Sevilla.

Siempre defendió y sigue defendiendo la necesidad de que desde la Psicología Social nos impliquemos más en la sociedad, con la ciudadanía y en nuestro entorno de convivencia. Para predicar con el ejemplo, participó en la Reforma Sanitaria ejerciendo como Director General en la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía en los años 1985 y 1986, intervino asiduamente en programas de televisión de Canal Sur analizando acontecimientos sociales de relevancia, fundó una ONG para fomentar el encuentro entre estudiantes universitarios y personas de la tercera edad, y más recientemente (2013), ya jubilado, fundó el CUS (Colectivo Universitario Senior). Desconocemos si está ingeniando ya la fundación de alguna nueva entidad.

Nuestro entrevistado hoy, forma parte del núcleo de los pioneros de la Psicología Social en la España democrática y ha venido contribuyendo de manera destacada a su promoción y desarrollo. Siempre buscó para su realización personal el equilibrio entre la dedicación a las múltiples ocupaciones en toda su complejidad y el saber disfrutar de la vida en plenitud.

¿Qué aspectos subrayarías de tus comienzos como docente e investigador en PS?

Mira, en 1969 marché a París (La Sorbona) para estudiar Psicología, dado que en España los estudios eran muy incipientes. En 1973 fui el primer doctor en el Dpto. de Psicología y Psiquiatría de la UAB. Éramos un grupo interdisciplinar muy dinámico y joven. Me eligieron coordinador.

En esos inicios de los estudios de Psicología, con buen criterio el Dr. Campos implantó varias asignaturas de orientación propia de la Psicología Social en la Facultad de Medicina. El campo de la salud era, en esos años, pionero en abrir los estudios médicos a la interdisciplinariedad. Sin embargo, la tradición médica hizo que con los años, esa orientación social no se afanzara. Y en cuanto a la convivencia entre Psicólogos y Psiquiatras tampoco fue sinérgica. Eran dos culturas universitarias que no congeniaban. A modo de anécdota he de resaltar el contraste entre mi participación en la Juntas de la Facultad de Medicina –entre los pocos

catedráticos que la constituían—, bien formales, todos con pajarita, y de la Facultad de Letras, en que estaba integrada Psicología, con un ambiente informal, abierto y sin protocolo, propio de una universidad joven y dinámica y donde las Juntas se celebraban a la hora de la comida y cuyo refrigerio era un simple bocata.

¿Cuáles fueron los aspectos más duros y los más agradables de tu carrera académica?

Mi experiencia parisina como estudiante fue muy grata, recogiendo el fruto de la libertad y creatividad de mayo del 68, en donde quienes proveníamos del contexto de una dictadura, pudimos valorar la prioridad que los estudiantes daban a los temas sociopolíticos. No había lugar para los chistes verdes, tan propios de los reprimidos jóvenes españoles de entonces. En París los jóvenes vivían con libertad y sin tapujos su vida sexual.

Ya en la UAB lo más agradable era ver la facilidad con que se resolvían los problemas organizativos con imaginación y sin tener en cuenta demasiadas cortapisas burocráticas. Ese dinamismo nos contagiaba a todos. El surgimiento de la sensibilidad nacionalista hizo que durante varios años no nos presentáramos a las oposiciones convocadas por el Ministerio en el BOE. Al final viendo que eso no llevaba a ninguna parte, en 1978 algunos optamos por presentarnos a las oposiciones convocadas en el BOE.

¿Tus motivaciones e inquietudes psicosociales pudieron ser bien canalizadas dentro de tu vida académica?

La vida universitaria facilitaba la dedicación tanto a la docencia e investigación como a actividades complementarias extra académicas. En Barcelona me interesó el tema de la identidad catalana, la influencia de las minorías activas (organicé con Moscovici el Simposio Internacional sobre *Procesos de influencia minoritaria* en 1980) así como los movimientos de dinámica de grupos provenientes de USA y Francia (publiqué *Psicología del grupo y cambio social* en 1981).

Ya en Andalucía, dada su dualidad social en ese momento, me interesé por la intervención psicosocial (publicamos *Intervención Psicosocial* en 1984), tuve la oportunidad de participar en la Reforma Sanitaria Andaluza –pionera en España-

como Director General de Estructuración y Estudios Sanitarios, y junto con el Instituto de Salud Mental convocamos las primeras plazas de PIR en España, junto con Asturias. Mi pretensión era que los psicólogos entraran en el Sistema de Salud por la puerta grande (organización, asesoramiento en intervenciones quirúrgicas, recursos humanos sanitarios, pediatría, salud mental etc.) y no como ha sucedido, sólo por la puerta chiquita para trabajar en Salud Mental junto al Psiquiatra (véase el anexo de la primera convocatoria de PIR en el BOJA). Pero no logré convencer al Consejo de Gobierno de la Consejería de Salud, por la fuerte incidencia que tenían en él dos Psiquiatras, entre ellos el Viceconsejero. Con Jesús Rodríguez Marín -con quien, junto a Santandreu, codirigí la revista *Psicología de la Salud*- intentamos promocionar el título de Psicólogo de la Salud. Tampoco obtuvimos el respaldo del propio Colegio de Psicólogos. De aquellos polvos vinieron luego los barroes actuales para que los psicólogos sean reconocidos en el Sistema Sanitario.

Pude también intervenir en programas de televisión en Canal Sur, como el *Ojo público* en el que cada semana planteábamos una temática social y al debate – siempre muy vivo y participativo en directo- le seguían los resultados de una encuesta que a nivel autonómico habíamos realizado, permitiendo así el contraste entre lo que opinaban los contertulios (donde estaban representados distintos estratos sociales de toda Andalucía) y lo que objetivamente pensaban los andaluces, con una muestra representativa cuyos resultados yo exponía cerrando así el debate. Igualmente pude fundar una ONG “*Universidad y Cooperación*” para conectar a los estudiantes con las personas mayores que vivían en soledad.

¿Del conjunto de tu vida académica, qué aspectos te gustaría que fueran más reconocidos o recordados por los colegas del área de PS?

Considero que la vida universitaria vinculada a la sociedad en que vivimos ha de sustentarse sobre estos cuatro pilares básicos: la docencia, la investigación, la gestión y la intervención social o realización profesional. En mi caso personal, el momento histórico, fundacional de la Psicología y más de la Psicología Social, me llevó a centrarme prioritariamente en la docencia y en la gestión y organización armoniosa del Departamento.

¿El recuerdo de mis colegas? Siempre será liviano. Máxime cuando sabemos

que, al menos de forma inmediata, las flores del reconocimiento difícilmente crecen en el jardín universitario. Tampoco es que lo estemos esperando. Sabemos de la orientación individualista y bastante cainita de la actual consolidación y promoción del profesorado universitario.

¿Cómo ves el sistema de acreditación y de evaluación de sexenios y proyectos?

Creo que el sistema es perverso. Desarrolla una competitividad a muerte entre los colegas. Hay que equilibrar la competencia académica, con el trabajo en equipo, la preocupación por los problemas de la gente que nos rodea y el impulso de las publicaciones autóctonas.

No es tolerable socialmente que gente inteligente, que tiene tiempo y puede disfrutar de excelentes condiciones para una calidad de vida, convierta fácilmente a los departamentos universitarios en canteras de expresión patológica, en los que es difícil la convivencia, y donde crecen con increíble rapidez rivalidades gratuitas y odios fatuos.

Ante tal situación, ¿se te ocurre alguna idea para preservar un buen clima laboral?

Obligar a los profesores universitarios a que compatibilicen la docencia, la investigación, la gestión y la realización profesional fuera de la universidad. La vivencia de la realidad extrauniversitaria facilitará una mejor comprensión de su privilegiada situación y les permitirá mayor realismo social en sus preocupaciones.

Y desde luego, hay que terminar con los cambios permanentes, de corte ideológico, que caracterizan a los intereses partidistas de quienes gobiernan, mediante un pacto global sobre la educación en todos sus niveles, consensuado entre todas las fuerzas políticas. Ello daría también serenidad en la carrera universitaria a tanto profesor precario que ahora sufre los envites de la crisis sin ninguna garantía laboral.

¿Consideras que, tras la jubilación, y al margen de la categoría de emérito, debería haber la opción de seguir manteniendo algún tipo de vinculación e implicación en la vida académica?

Lo importante es aprovechar socialmente el potencial intelectual y humano de los seniors. Hoy en día una persona a los 65 o 70 años dispone aún de entre 15 o 20 años con mucho potencial intelectual que no hay que despilfarrar. En esa línea hemos fundado en Sevilla el CUS o Colectivo Universitario Senior (<https://cussevilla.wordpress.com>).

En el curso 2012-2013, según datos del Ministerio de Educación español, 115.332, es decir un 10,6% del profesorado universitario entre 60-66 años estaba en proceso de jubilación. Y hay más de 4.875 PDI de más de 65 años. Y todo ese caudal de conocimiento, de un día para otro ¿lo queremos lanzar por el desagüe institucional, sin el menor de los reparos? ¿Acaso no es posible aprovechar ese potencial para ponerlo al servicio de los jóvenes profesores? Hay que buscar fórmulas de integración. Contrátese a los jóvenes y permítase que los seniors puedan colaborar gratuitamente, si lo desean, en la vida académica. Algunos se han centrado tanto en la universidad que no saben vivir sin ella. Es una pena, pero hay que respetarles. Yo pienso que la universidad no puede llenar la vida de una persona. Conviene tener otras alternativas. El monocultivo intelectual puede ser pernicioso. La diversidad de ocupaciones llena de posibilidades la jubilación, cuando uno es simplemente un ciudadano más.

¿Hay algún comportamiento social que a tu entender merezca mucho más interés del que hoy le presta la PS?

Los psicólogos sociales hemos de vincularnos más a los problemas sociales que tiene la gente. No hay que tener miedo a implicarse políticamente en movimientos e incluso en partidos que pretenden el cambio social para mejorar las condiciones de vida. La Psicología Social debiera ser un vivero de políticos e interventores sociales, al igual que hoy en día lo están siendo las Ciencias Políticas.

Si tuvieras poder para ello, ¿qué cosas cambiarías del sistema universitario?

Creo que la universidad actual debe dar un giro copernicano de cara al futuro: más creatividad, más trabajo en equipo, menos culto a los espacios propios, mayor conexión con los problemas sociales del entorno, menos burocracia, menos preocupación por alcanzar cotas de efímero poder universitario, una gobernanza más abierta a la sociedad. Las nuevas tecnologías deben transformar radicalmente

la actual organización universitaria, tan localista y fácilmente endogámica, en donde los cargos académicos son rehenes, muchas veces, de sus electores.

A la Sociedad Científica Española de Psicología Social (SCEPS) ¿le sugerirías alguna actividad o prioridad?

Que siga en la línea que ha iniciado: integrar a los seniors con los jóvenes, acoger las distintas orientaciones teóricas, impulsar la acción socio-política de sus socios e intentar atraer a los profesionales de la intervención para que aporten sus experiencias y puedan coordinarse con los profesores universitarios.

Pues muchas gracias, Silverio, por tus palabras. Aprovechamos para agradecerte también la aportación de las fotos de aquel primer encuentro de la psicología social española en 1980, las pondremos en nuestra web. Y os estaremos siempre agradecidos a todos los que fuisteis abriendo camino.

Entrevista realizada por Álvaro Rodríguez-Carballeira

Universidad de Barcelona

LA VISIÓN JUNIOR: SILVIA COLLADO

La Dra. Collado fue galardonada junto a Saulo Fernández Arregui con el premio jóvenes investigadores SCEPS 2014.

Silvia, cuéntanos sobre ti y tus inicios en el mundo académico.

Nací en Cuenca hace 30 años. A los 18 me mudé a Madrid para estudiar Ciencias Ambientales en la Universidad Autónoma y fue durante la carrera donde conocí a quien posteriormente se convirtió en mi director de tesis doctoral, José Antonio Corraliza. Tuve la suerte de disfrutar durante los tres primeros cursos de mi licenciatura de una beca de aprovechamiento académico excelente, lo que permitió costear parte de mis estudios.



Durante el último año como becaria, colaboré con 50 horas de investigación en un laboratorio. Esto hizo que, desde muy temprano, comenzara a investigar. Al acabar la licenciatura, obtuve una beca de ayuda para iniciar los estudios de posgrado en la Facultad de Psicología, y, posteriormente, una beca FPU de cuatro años para la realización de mi tesis doctoral. A este proceso se unió mi codirector de tesis, Henk Staats, de *Leiden University*. De mi tesis, defendida en 2012, surgieron varios artículos que escribí con mis directores de tesis y que se publicaron en revistas de reconocido prestigio en Psicología Ambiental, como el *Journal of Environmental Psychology*^I o *Environment and Behavior*^{II}. Esto fue un logro que nunca hubiera imaginado al comienzo de mis estudios de doctorado. Además publiqué, junto con José A. Corraliza, un monográfico sobre la importancia del contacto con la naturaleza para el bienestar infantil^{III}.

Actualmente trabajo como investigadora postdoctoral en el Departamento de Psicología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona, donde terminaré en septiembre de 2015. Allí continúo con mi línea de investigación sobre el contacto de la población infantil con la naturaleza y los beneficios que esto puede reportar para su salud y pro-ambientalidad, y he seguido publicando sobre ello^{IV}. Paralelamente, trabajo en distintos proyectos de investigación como por ejemplo en el estudio de la emoción sublime en la naturaleza, como miembro del equipo de investigación de psicología ambiental de la UAM.

¿Cómo fue tu acercamiento a la Psicología Social?

Me acerqué a la Psicología Social a partir de la Psicología Ambiental. En la licenciatura de Ciencias Ambientales en la UAM se cuenta con varias asignaturas impartidas por el Departamento de Psicología Social, como son Psicología Ambiental, Evaluación del Paisaje, Percepción Ambiental u Organización y Gestión de Proyectos. Desde siempre me ha interesado entender las actitudes y comportamientos de las personas hacia el medio ambiente, y eso hizo que me acercara a la psicología social buscando, entre otras cosas, respuestas a los dilemas sociales que se plantean en el ámbito de la relación de las personas con la naturaleza.

¿Qué cosas cambiarías de nuestro sistema de doctorado si tuvieras poder para hacerlo?

Por un lado, intentaría mejorar las condiciones de trabajo de los doctorandos. Existen muchos casos en los que personas que trabajan a tiempo completo en la universidad, con becas PFI o FPU, no tienen un sitio fijo de trabajo, ni unos equipamientos básicos como ordenador propio. Además, promovería la financiación de estudiantes de doctorado con tesis y estudios de contrastada calidad, para que éstos puedan, por ejemplo, asistir a congresos internacionales, hacer viajes para establecer contactos internacionales o asistir a cursos de especialización.

Finalmente, pensaría estrategias para promover el empleo de los recién doctorados. Creo que personas que durante años trabajan en un departamento y demuestran la calidad de su trabajo deberían contar con posibilidades de incorporación posterior.

¿Te parece bien el sistema de acreditación vigente?

Creo que el sistema de acreditación de la ANECA es acertado, puesto que se exige una serie de méritos, además de ser doctor, para poder dar clase en la universidad. Además, al contrario que sistemas de acreditación de algunas comunidades autónomas, el procedimiento es gratuito, pudiendo solicitar la acreditación para ayudante doctor, profesor de universidad privada y contratado

doctor de manera conjunta. A pesar de ello, considero que el proceso de acreditación es largo y tedioso para que, finalmente, éste no vaya asociado a posibilidad alguna de empleo. Creo que debería ligarse la acreditación a posibilidades reales de empleo en las universidades. Quizás podría darse mayor publicidad a doctores recién acreditados, haciendo llegar un listado de los mismos a los departamentos de distintas universidades españolas, públicas y privadas, señalando los principales méritos docentes y de investigación.

¿Qué cosas importarías de tus estancias en otras universidades extranjeras?

He tenido la suerte de realizar estancias en centros de investigación relevantes en el campo de la Psicología Social y de la Psicología Ambiental. Durante mis años como pre-doctoral realicé dos estancias en el *Department of Social and Organizational Psychology*, en *Leiden University*, Países Bajos. De estas dos estancias con mi codirector de tesis, Henk Staats, destacaría la disciplina y rigurosidad con la que se trabaja en las universidades holandesas. Muchos de los alumnos de doctorado realizan trabajos de investigación que deben publicar en inglés, aunque no sea en revistas de alto impacto internacional. Creo que esta es una práctica muy buena, aunque exigente, para las personas que se están formando como investigadores.

Posteriormente, realicé una estancia con Gary Evans en *Cornell University, U.S.A.* De esta estancia importarían, en primer lugar, la gran cantidad de recursos dedicados a la investigación en ese país, que facilita el llevar a cabo investigaciones de calidad. En segundo lugar, la estrecha colaboración con la empresa privada, lo cual, aunque a veces puede limitar el alcance de la investigación, también acerca la ciencia a la aplicabilidad en la vida diaria. En tercer lugar, la interdisciplinariedad. Considero que esto es un punto fuerte que otros países tienen y que España aún está algo retrasada en este aspecto. Esto también lo he observado en mi cuarta estancia, en la Universidad de Sonora, en México. Tanto en Cornell como en Sonora, los equipos de trabajo son interdisciplinarios y los profesores e investigadores de distintas áreas del conocimiento (psicólogos, biólogos, ambientólogos, arquitectos, psicopedagogos, etc.) trabajan en temas de investigación de manera conjunta, en un mismo departamento. De igual manera, los programas de doctorado son interdisciplinarios. Creo que en España se tiende a

ser algo más sectarios en este sentido lo cual, desde mi punto de vista, limita las posibilidades de acción a la hora de investigar, así como la transmisión de conocimiento de unas disciplinas a otras.

¿La vida universitaria dista mucho de la expectativa inicial que tenías al respecto?

Lamentablemente sí. Siempre he sabido que no era sencillo conseguir una plaza en la universidad, pero en mi caso, al igual que en el caso de muchos otros investigadores, hemos tenido la mala suerte de doctorarnos en medio de la crisis económica actual. Esto hace que, a pesar de contar con varios artículos en revistas de impacto internacional, de haber realizado estancias de investigación, haber disfrutado de una beca FPU, participado en proyectos de investigación, tener experiencia docente y estar acreditados, nos es muy difícil conseguir trabajo en España. Si de alguna manera éste se consigue, las condiciones son realmente malas comparadas con lo que se ofrece en universidades y centros de investigación extranjeros. Considero que la presión por publicar artículos en revistas de impacto, con todo lo que ello exige, y compaginarlo con muchas horas de docencia, no sólo en el aula, sino tutorizando alumnos de grado y posgrado, es una práctica que, a la larga, se hará inviable. Creo que la plantilla de docentes e investigadores debe aumentarse, en lugar de reducirse. Además, es necesario promover condiciones de trabajo adecuadas, donde se pueda dedicar horas a investigar y a preparar bien las clases, sin necesidad de tener la sensación constante que muchos compañeros comparten de no llegar a cumplir los objetivos exigidos por un sistema que, por otro lado, ofrece muy poco a cambio (inestabilidad laboral, imposibilidad de promocionar o sueldos bajos, entre otras cosas).

Dentro de veinte años ¿qué cambios crees que se habrán dado en el rol docente e investigador universitario?

En mi opinión, con todos los cambios legislativos actuales y la gran inestabilidad que nos rodea, es difícil prever que pasará dentro de tres o cuatro años. Lo que a mí me gustaría es que se dé a los investigadores más tiempo para investigar. Esto puede ir ligado a una mayor rigurosidad a la hora de presentar resultados y objetivos cumplidos. Considero que deben adecuarse los objetivos a cumplir con los recursos con los que cuentan los investigadores (tiempo, dinero, espacios, colaboradores, etc.). Además, yo promovería la internacionalización de los grupos de trabajo, facilitando la movilidad de investigadores, así como la interdisciplinariedad.

En cuanto a la docencia, considero que la práctica actual de aumento de horas de docencia y reducción de plantilla está totalmente en contra de la calidad de la enseñanza. Creo que las inquietudes de los universitarios no pueden ser atendidas cuando se tiene casi 300 alumnos en clase, como ocurre en algunas universidades públicas españolas. Ojalá dentro de veinte años contemos con clases más reducidas, donde el proceso de enseñanza-aprendizaje sea más personalizado.

¿A tu entender, qué aspectos distinguen más a los alumnos de hoy?

Mi experiencia docente empezó en 2010 y en estos años he visto como los alumnos de grado, y muchos de máster, son cada vez menos autónomos. He impartido clase también en un instituto privado, y al compaginarlo con la universidad, me doy cuenta de que cada vez más los alumnos de grado se parecen a los de secundaria.

Además destacaría su frustración por la falta de empleo una vez terminan sus estudios. Finalmente, es notoria su manera de trabajar y estudiar usando las Tecnologías de la Información y Comunicación. Esto hace que muchos docentes nos tengamos que actualizar en el uso de las TIC para estar a la altura de las exigencias de los alumnos.

¿Cómo ves el sentimiento de identidad y pertenencia al área de PS?

Creo que depende un poco del departamento del que estemos hablando y que, en general, la gente sí se siente vinculada. Los temas de investigación tratados dentro de la psicología social son varios (psicología de grupos, estudios sobre emoción, sobre prejuicios o psicología ambiental, donde yo trabajo, entre otros) y esto hace que el sentimiento de identidad en cada uno de estos subgrupos sea, a mi entender, más fuerte que el sentimiento de pertenencia al área de PS. Sin embargo considero que puede y debe hacerse un esfuerzo, como el que está haciendo la SCEPS, para crear espacios donde se debatan temas en común dentro de la psicología social, como congresos.

A la Sociedad Científica Española de Psicología Social (SCEPS) ¿le sugerirías alguna actividad o prioridad?

Creo que el trabajo y esfuerzo que está haciendo la SCEPS se ve reflejado en varias de sus acciones como el pasado congreso en Sevilla, el Boletín o la convocatoria de los premios para jóvenes doctores. Además de todo ello, yo sugeriría tres posibles líneas de actuación. En primer lugar, que se promocionen los trabajos de investigación de calidad contrastada de los psicólogos sociales españoles, no sólo a nivel nacional, sino también internacional.

Por otro lado, podría promoverse la formación de jóvenes investigadores a través de escuelas de verano y cursos de formación. Quizás pueda comenzarse con talleres pre-congreso donde se discutan los trabajos de investigación de personas que están comenzando. Finalmente, sería bueno que los miembros de la SCEPS y desde la organización se difundieran las plazas de trabajo que puedan salir en el área en España y en el extranjero.

Muchas gracias Silvia por concedernos esta entrevista. Te deseamos que consigas todos tus objetivos.

Entrevista realizada por Álvaro Rodríguez-Carballeira

Universidad de Barcelona

^I Collado, S., Staats, H., & Corraliza, J.A. (2013). Experiencing nature in children's summer camps: affective, cognitive and behavioural consequences. *Journal of Environmental Psychology*, 33, 37-44.

^{II} Collado, S., & Corraliza, J. A. (2013). Children's restorative experiences in nature and pro-environmentalism. *Environment and Behavior, On line first*, June 13, 2013, doi:10.1177/0013916513492417.

^{III} Collado, S., & Corraliza, J.A. (2012). *Naturaleza y bienestar infantil. Un estudio sobre el papel de los entornos naturalizados en la infancia*. Galicia: Hércules Ediciones.

^{IV} Collado, S., Corraliza, J.A., Staats, H., & Ruíz, M.A. (2015). Effect of frequency and mode of contact with nature on children's self-reported ecological behaviors. *Journal of Environmental Psychology*. 41, 65-73.

ARTÍCULOS

Gracias a la colaboración de nuestros colegas os presentamos tres artículos que estamos seguros serán de vuestro interés. M. M. Balduzzi nos ofrece su visión de un hecho de plena actualidad como es la sorprendente muerte del fiscal argentino Alberto Nisman; F. Munné nos relata episodios poco conocidos de la historia de la Psicología Social en nuestro país y J. A. Pérez revisa las principales aportaciones de la obra del recién fallecido Serge Moscovici. Es nuestro homenaje en su memoria.

LA MUERTE VIOLENTA DE UN *WHISTLEBLOWER*

María Matilde Balduzzi

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires

El domingo 18 de enero de 2015, en Argentina, Alberto Nisman, fiscal federal que dirigía la unidad especial creada durante el gobierno del presidente Néstor Kirchner para investigar el atentado terrorista de 1994 contra la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), apareció muerto como consecuencia de un disparo de arma de fuego en su departamento de la ciudad de Buenos Aires. Días antes, el fiscal había pedido la declaración indagatoria de la actual presidenta, Cristina Fernández de Kirchner, del canciller Héctor Timerman, y de otros funcionarios y figuras vinculadas al gobierno, a quienes acusaba de negociar la impunidad de cinco ciudadanos iraníes, buscados por Interpol, por su presunta responsabilidad en el atentado a la mutual judía, que causó la muerte de 85 personas. Ese lunes, debía presentarse ante la Comisión de Legislación Penal de la Cámara de Diputados a fin de exponer y ampliar su denuncia contra los nombrados. Nisman sostenía que agentes de la ex SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado) habían participado del plan para desvincular a los sospechosos, lo que se habría hecho a través del “Memorandum de entendimiento con Irán”, acuerdo bilateral firmado por la presidenta en enero de 2013, fuertemente rechazado por la dirigencia judía y la embajada de Israel. Nisman decía contar con más de 300 CD con grabaciones que comprometían a las máximas autoridades del gobierno, a funcionarios y a dirigentes oficialistas que participaron en ese acuerdo con Irán. Algunas de esas grabaciones, luego de su muerte, fueron difundidas por la prensa.

La muerte del fiscal conmocionó al país y fue noticia de tapa en los periódicos de casi todo el mundo. Se manejaron distintas hipótesis. En una primera carta, publicada en Facebook, la presidenta sugería que se había tratado de un suicidio y calificaba de “curiosa y sugestiva” la denuncia que la involucra. En esa carta, arrojaba sospechas sobre el denunciante e insinuaba que alguien le había dado ya escritas las 350 fojas de la denuncia. Días después, la presidenta sostenía la hipótesis de un asesinato motivado en la decisión del gobierno, en diciembre de 2014, de reemplazar a un sector de los servicios de inteligencia; estos agentes desplazados se habrían vengado asesinando al fiscal y haciendo aparecer al gobierno ante la opinión pública, como culpable del crimen.

La hipótesis de la venganza apareció, además, en un contexto más amplio que involucra conflictos internacionales: tanto medios israelíes como del Hezbollah señalaron que el hecho se produjo horas después de que un helicóptero israelí disparara misiles que ocasionaron la muerte de seis comandantes pertenecientes a dicha organización islamista y de varios oficiales iraníes en el lado sirio del Golan.

Además del suicidio y del asesinato como explicación de la muerte del fiscal, se habló de una situación de *sin salida* a la que lo habrían conducido, situación que incluiría la posibilidad cierta de concreción de las amenazas contra su familia y que no le habría dejado otra opción que el suicidio.

Más allá de esas hipótesis –suicidio, instigación al suicidio o asesinato-, que deberán ser comprobadas o descartadas por la investigación judicial, lo que resulta claro para los ciudadanos comunes es que el fiscal puso al descubierto una oscura trama de corrupción, dio información sobre pactos subrepticios que se habrían estado efectuando al margen de las vías institucionales y por fuera de la deliberación pública, y esa decisión lo condujo a la muerte.

Para los psicólogos sociales, este es un tema conocido, lo llamamos *whistleblowing*: alguien denuncia hechos graves que afectan el interés público y se vuelve objeto de feroces represalias. Literalmente, *whistleblower* es “el que hace sonar el silbato”, el denunciante de hechos ilegales o inmorales que ponen en riesgo la seguridad o la salud de la población. A partir de sus denuncias se vuelve objeto de actos reiterados de hostigamiento, descalificación, estigmatización; se lo

calumnia, se lo ridiculiza, se lo culpa del conflicto generado y se lo aísla a fin de lograr su exclusión. Alford, profesor e investigador en la Universidad de Maryland, afirma que casi todos los *whistleblowers* son destruidos: pierden su trabajo, su carrera, su casa, sus amigos, su familia y, sobre todo, afirma, pierden su confianza en la gente y en la justicia. El caso que nos ocupa es aún más extremo: el denunciante, que ya había sido objeto de todo tipo de agravios y amenazas, perdió la vida. La desacreditación, la ridiculización y el ultraje se mantienen, incluso, luego de su muerte; no hay siquiera las esperables condolencias de las máximas autoridades de la Nación hacia la familia de la víctima. Condolerse es compadecer, sufrir con el otro, ser afectado por su dolor, es –empleando una expresión cotidiana- “ponerse en su lugar”; supone un gesto elemental de empatía, de respeto, de humanidad.

La sospecha de que alguien tomó la decisión de eliminar al que molestaba, de sacarlo de en medio de la manera más brutal, es decir, asesinandolo o instigandolo al suicidio, deja a los ciudadanos en un estado de estupor e impotencia. La hipótesis de que el fiscal habría quedado atrapado en una guerra de agentes de servicios de inteligencia no es menos aterradora. Parece abrirse nuevamente ante los ojos de los ciudadanos, y luego de más de 30 años de recuperada la democracia, el abismo de lo siniestro; un abismo en el que, al margen de todo sistema jurídico normativo, del sistema de derechos y garantías que organiza la vida en sociedad, utilizando una expresión de Hannah Arendt: “todo es posible”. Si todo es posible –los acuerdos espurios, las represalias, el asesinato o el acorralamiento que conduce al suicidio, la asociación de la política con la violencia-, la sensación generalizada es de desprotección, de desamparo.

Estos crímenes cumplen la función de transmitir un mensaje, que podría expresarse como: “así puede terminar el que habla de más”. El objetivo es acallar esa y otras voces que pudieran levantarse. Las prácticas propias del *whistleblowing* –venganza, represalias, escarmiento del denunciante- se deslizan entonces, como posibilidad latente, desde la víctima directa hacia otros potenciales denunciantes y a la sociedad en general, promoviendo el terror, el acatamiento del discurso del poder, la sumisión, el silencio.

Es difícil prever las consecuencias políticas de este hecho atroz. Algunos han hablado de una “bisagra” en la vida política argentina, es decir, de la posibilidad de que el hecho marque un antes y un después. Esa posibilidad, la de revertir prácticas arraigadas en la tradición política del país y en la cultura institucional – corrupción, abuso de poder, negociaciones ilegales, anomia- depende de los ciudadanos, de su capacidad de reacción, de su decisión de interpelar a sus representantes exigiéndoles el respeto de los principios que sostienen el estado de derecho. La alternativa, también la conocemos muy bien los psicólogos sociales, se la denomina “indefensión aprendida”.

PARA UNA HISTORIA DE LA PSICOLOGIA SOCIAL EN ESPAÑA: MATERIALES SOBRE LA APORTACION DE LA UB

Frederic Munné

Universidad de Barcelona



En el XII Congreso Nacional de Psicología Social (Sevilla, 20-22 de noviembre de 2014), organizado por la Sociedad Científica Española de Psicología Social (SCEPS), se celebró una Mesa Redonda con el tema “De Barcelona 1980 a Sevilla 2014. Recuerdos y testimonios sobre la historia de la psicología social en España”. El autor de estas líneas solo pudo iniciar su intervención por falta de tiempo. Lo que sigue es el texto revisado de las notas preparadas para aquella ocasión.

Además de algunos recuerdos e impresiones personales sobre la aportación de la Universidad de Barcelona a la psicología social, aprovecho para dar algún dato no conocido u olvidado que puede contribuir a trazar la historia de la psicología social a quien se atreva con ella, algo ya conveniente para que el paso del tiempo no haga irrecuperable lo que nuestra memoria aún conserva.

Tres escenarios

A mi modo de ver, en el devenir de la psicología social pueden distinguirse tres grandes escenarios hasta llegar al momento actual, cada uno con características propias. Marcado todo el transcurso por la infausta Guerra Civil, estos escenarios corresponden desde los inicios hasta la preguerra, la dictadura franquista y la democracia.

Antes de dicha guerra, y dejando aparte los antecedentes remotos, la psicología social está casi escondida en la ciencia social. Inicialmente en manos de la antropología y la sociología, a las que se añadirá la psicología a través de la medicina y la pedagogía. Son antecedentes próximos que apenas dejaran huella, pero que representan un primer intento de la necesidad e interés de un cruce o mejor dicho de un encuentro entre las ciencias humanas.

El segundo escenario cubre los años del franquismo. Va, pues, de la postguerra a la etapa digamos constituyente de la psicología social. Si la guerra fratricida liquidó lo poco que se llevaba construido, la postguerra se encargó de hacer borrón y cuenta nueva. En sociología, ciencia comprometida, el retroceso fue tremendo. Lo que figuras como Recasens Siches, Ayala y Medina Echevarría habían llevado a cabo, especialmente en la España republicana, con gran esfuerzo se esfumó de golpe, debido al exilio y la censura de sus libros en España. (Yo pude hacerme con ellos en las librerías de viejo, único sitio donde entonces podían encontrarse publicaciones de la República, aparte de las trastiendas de ciertas librerías que a los “conocidos” se nos mostraban y vendían libros prohibidos provenientes sobre todo de Buenos Aires y México). La enseñanza de la ciencia social pasó a ser estrictamente controlada, teniendo además que partir de cero. La sociología se agazapó en el derecho y la psicología emergente en la pedagogía, salvo la amparada por la ciencia médica que era o parecía socialmente neutra. La psicología social, a caballo de todo ello, apenas podía asomar libremente la cabeza. En un capítulo sobre el estado de la sociología en España, que publiqué en el *Handbook of contemporary developments in world sociology* (1975), de Mohan y Martindale, las pocas referencias que pude hacer a la psicología social en nuestro país eran todas indirectas.

En este escenario de la postguerra y hasta el tardofranquismo, o sea durante al menos tres décadas, la psicología y por lo tanto también la psicología social destilada por ella continuó siendo una materia sin titulados superiores, por lo que su enseñanza corría a cargo de autodidactas formados en estudios digamos afines, principalmente derecho, filosofía y letras, medicina, pedagogía. En los últimos años de esta etapa, el ejercicio práctico de la psicología social, una psicología social delicuescente, todavía estaba en manos de los médicos (psicología clínica), los maestros (psicología educativa) y los ingenieros (psicología del trabajo). Esto tuvo efectos ambivalentes, de un lado generaba y mantenía una semilla que a la larga daría su fruto, de otro eran tres frentes que con el tiempo crearían problemas de intrusismo académico y profesional.

Finalmente, con el advenimiento un tanto brusco de la democracia, la psicología social entra en una etapa constituyente, de desarrollo acelerado bajo el

empuje de lo acontecido durante los heroicos e irrepetibles años “grises”, como veremos. Al término de esta etapa, que coincide más o menos con el traspaso de milenio la “tierra prometida” de Bolonia abría hasta el momento presente un sin fin de esperanzas y temores, de posibilidades y exigencias, en nuestro campo, quizás demasiado pronto consolidado tanto en la psicología social académica como en las diferentes modalidades profesionales de intervención social.

Lo que sigue son algunas vivencias e indagaciones, a pinceladas, que dibujan diferentes hitos de las etapas descritas.

Un tarraconense en Sevilla

Destinadas estas notas a ser expuestas en un Congreso celebrado en Sevilla no resisto la tentación de mencionar a un tarraconense, que estudió Filosofía y Letras y Derecho en Barcelona, Valencia y Madrid. Obtuvo en 1874 la cátedra de Geografía e Historia en la Universidad de dicha ciudad andaluza, donde tiene una calle a su nombre. No en balde fue fundador del Ateneo de Sevilla. Me refiero al kraussista, luego positivista y evolucionista, Manuel Sales y Ferré, quien en 1899 pasó a Madrid para ocupar la primera cátedra de sociología de España. Publicó un trabajo pionero sobre “Psicología del pueblo español” (*Nuestro Tiempo*, 1902), siguiendo el interés de aquella época por la psicología de los pueblos, desde mi perspectiva una de las corrientes iniciales constitutivas de la psicología social, corriente que también está presente en su monumental y documentado *Tratado de Sociología* de orientación antropológica.

De Dwelshawers a Mira

En 1918, la *Mancomunitat de Catalunya* había creado un *Institut de Selecció i Orientació Professional*, encomendando la dirección del mismo a un reconocido psicólogo en Francia, el flamenco Georg Dwelshauwers. La Dictadura de Primo de Rivera lo cerró, así como un *Laboratori de Psicologia*, y su director marchó a París. Su perspectiva psicosocial se revela en el libro que allí publicó sobre “*La Catalogne et le problème catalan*” (1926). Poco después (1932), el *Institut* pasó a ser el Instituto Psicotècnico de Barcelona, nombrándose director general al psiquiatra Emili Mira y López que había trabajado en el citado *Laboratori* donde entre otras actividades organizó varios cursos de interés psicosocial, como los dedicados a la psicología de la organización, de la publicidad, del amor, etc.

Mira, uno de los psicólogos más influyentes del mundo según Boring y Watson (1968), había estudiado medicina en la UB. En 1933 fue elegido por unanimidad del Claustro de esta Universidad, renombrada Universidad Autónoma de Barcelona por la República Española, catedrático de psiquiatría, materia que hasta entonces había estado unida como asignatura a la medicina forense. Un año antes había publicado un "Manual de psicología jurídica", que según explica en el prólogo estaba dirigido a los juristas. En él desarrollaba unas conferencias dadas en el Colegio de Abogados de Barcelona. Hoy seguramente plantearía un problema de intrusismo profesional, ya que trataba diferentes cuestiones actualmente propias de un psicólogo social, relativas al acto delictivo, la evidencia delictiva, la psicología del testimonio, los comportamientos del psicópata y del débil mental, la higiene mental del delincuente y muy específicamente el tema novedoso de la psicología del acto testamentario. Entre sus numerosos escritos, frecuentemente trataba temas relacionados con los ámbitos clínicos, pedagógicos y laborales de la psicología social y otros poco tratados como la psiquiatría en la guerra (1944).

Al término de la guerra civil, Mira tuvo que exiliarse por su afiliación comunista (PSUC) y haber sido nombrado jefe de los servicios psiquiátricos del Ejército republicano. La dictadura vencedora le castigó con la *damnatio memoriae*, censurando todos sus libros. Además se propuso destruir su prestigio con la infame acusación de que él había "suministrado a los policías las técnicas de tortura que habrían servido para lograr la confesión de los sospechosos con relación a sus actividades antirrepublicanas y fascistas", según explicaba el doctor Tosquelles, el antipsiquiatra exiliado en Toulouse que fue discípulo suyo. El padre Gemelli, franciscano, rector de la Universidad Católica de Milán donde enseñaba Psicología, contribuyó a esparcir prontamente estas acusaciones al publicarlas en un malévolo artículo de expresivo título, aunque con interrogante, en el *Archivio di Psicologia, Neurologia, Psichiatria e Psicoterapia* (Gemelli y Ponzio, 1939-1940: *Uno psicotecnico a servizio della Terza Internazionale rossa per esercitare il terrore nella Spagna?*). También contribuyó a divulgar el bulo, la denuncia para que fuera expulsado de la Sociedad Internacional de Psicología de quien había sido ayudante de su cátedra y que aspiraba a ocuparla, Ramón Sarró, el cual años después le pidió públicamente perdón en un congreso (Zurich, 1951). Caballerosamente, Mira le extendió la mano sin más. En realidad, tales técnicas no eran sino las mismas

contenidas en el mencionado Manual sobre cómo interrogar y controlar la sinceridad de los declarantes, superar la censura consciente de los mismos y otras cuestiones similares. Pero el mal ya era irreparable. Mira no regresó a España y murió en Brasil dejando una familia dolorosamente partida a cada lado del océano. Su obra permaneció desconocida en nuestro país, sin dejar huella alguna.

De Font y Puig a Siguan

La psicología social recibió una consideración peculiar en la cátedra de Psicología Superior de la Universidad de Barcelona, ocupada desde 1924 por un humanista luliano, el barcelonés Pedro Font y Puig, quien había sucedido al menorquín Cosme Parpal y Pagés que la inauguró en 1913 y tuvo por contrincante nada menos que al pensador Eugeni d'Ors. También barcelonés, formado en derecho y filosofía, y muy relacionado con dos filósofos de tendencias tan diferentes como Zaragüeta y Ortega y Gasset, había ganado en 1916 antes de su traslado a Barcelona la cátedra de Lógica de la Universidad de Murcia.

El filósofo Ferrater Mora no pudo ocultar una animadversión personal hacia él en una entrevista, en la que le tilda de “extravagante, incondicional del franquismo, mezcla de cristiano-tomista-budista-vegetariano”. Lo que no cuenta es que en el Comité de Depuración de la postguerra Font testificó, a pesar de su ideología conservadora, a favor de varios colegas suyos denunciados como sospechosos de antifranquismo, que naturalmente le mostraron su agradecimiento, como el catedrático Bosch Gimpera que le califica de algo strafalario pero recto y buen amigo. Especial sí debía de ser, porque otro filósofo, Calsamiglia, alumno suyo, cuenta de él que cuando pudo elegir el hacer las clases en castellano o en catalán y no sabiendo qué hacer eligió darlas... ¡en latín! Y en otro orden de cosas, sus estudiantes le llamaban jocosamente Don Pedro el Ceremonioso porque les saludaba en la calle de un modo versallesco, con el sombrero, al que correspondían entre risas del mismo modo. Por añadidura, según cuenta otro ex alumno, el pedagogo Mainer Baqué, su andar un tanto grotesco provocó otro apodo: el buitre. Estas anécdotas retratan la vertiente más personal de un personaje que también fue un hombre polifacético de amplios conocimientos y acusada sensibilidad psicológica y social. Por ejemplo, se interesó por la psicología brahmánica y por el aspecto social del budismo, al que dedicó un

libro (1942). Además, perteneció a la *American Academy of Political and Social Science* de Filadelfia.

Al año de jubilarse Font y Puig, ocupó su cátedra en 1961 Miguel Siguán. Había estudiado Magisterio y luego Filosofía y Letras en Madrid con una inclinación hacia los problemas sociales y laborales, concretamente la emigración interna (*Del campo al suburbio*, 1958, Premio Nacional de Literatura en ensayo) y el trabajo (*Problemas humanos del trabajo industrial*, 1963). En Madrid había enseñado “Psicología industrial” en la Escuela de Psicología y “Psicología y Sociología de la Administración” en el Centro de Formación de Funcionarios de Alcalá de Henares. La nueva psicología y algo de psicología social que ya habían entrado de la mano de Enrique Cerdá, profesor adjunto de Sarró (*Psicología aplicada*, 1960), se actualizará con la enseñanza de Siguán especialmente de las teorías y métodos derivados de las investigaciones norteamericanas de Elton Mayo.

Las escuelas de psicología

Mi primer contacto directo con la psicología social en la universidad se produce en 1969, cuando casualmente el catedrático de Psiquiatría, Ramón Sarró, necesitaba y me propuso dar esta asignatura en la Escuela Profesional de Psicología Clínica que se había fundado tres años antes para posgraduados, y también en el nuevo Curso de especialización sobre Psiquiatría y Psicología Social, organizados por la misma Escuela. El doctor Sarró fue muy acogedor. Te contaba siempre su visita a Freud y otras anécdotas eruditas, arrastrando las últimas palabras con cierta gravedad y riéndose de sus propias ocurrencias para no perder las riendas de la situación. Al año siguiente, en el segundo curso de la mencionada especialización, el primero no volvía a darse hasta el curso siguiente, propuse dar “Patología social”, lo que fue aceptado. Continué en la Escuela hasta poco después de jubilarse Sarró, cuando su sucesor en la Cátedra, Juan Obiols, de orientación biologicista, cambió el plan de estudios de aquélla.

A la par y desde septiembre de 1966, funcionaba en Barcelona otra Escuela de Psicología, inspirada en la Escuela de Psicología y Psicotecnia de la Universidad de Madrid, creada mucho antes (1953) por José Germain y el padre Úbeda, médicos impulsores de la psicología en el Consejo Superior de Investigaciones

Científicas (CSIC). Su fundador y director era Siguán, que antes de ser catedrático había sido alumno y profesor de la Escuela de Madrid. Crearla de Barcelona planteó un problema con Sarró, interesado también en lo mismo. Negociaron un reparto salomónico. Habría dos Escuelas de Psicología: una en la Facultad de Medicina a cargo de Sarró, que monopolizaría la psicología médica, y otra que acogería la psicología pedagógica y la industrial. Como esta última no podía acogerse a la variopinta Facultad de Filosofía y Letras y menos darle cobijo físico, pasó a hospedarse en la calle Melchor de Palau, sede de la Escuela de Magisterio. Allí nació y murió. Ambas Escuelas daban un Diploma que acreditaba unos conocimientos específicos de psicología, cosa que no podía obtenerse en las licenciaturas vigentes.

En 1970 Siguán necesitaba para su Escuela un profesor de dinámica de grupos y contactó conmigo para ofrecermela esta materia, dado que yo llevaba dando unos cursos de la misma en el Instituto de Sociología y Psicología Jurídicas del Colegio de Abogados de Barcelona. Su despacho, en una extraña buhardilla del edificio de la Universidad, con aires de improvisación y de complicado acceso a través de un estrecho pasadizo con las paredes atiborradas de libros, era pequeño, encajonado con papeles por todas partes y sin sitio para sentarse. Tuvo que invitarme a despejar un asiento de los libros que se amontonaban en él. Siguán iba hablando y canturreando a la vez, mientras repetía estereotipadamente "*estimat*" (querido). Mi experiencia en la conocida como Escuela de Siguán fue muy interesante, porque tenía un alumnado muy peculiar: la mayoría eran curas, maestros y militares. Muy entregados en lo que estudiaban, realizaban trabajos relativos a su ámbito vital o profesional que a menudo llamaban la atención.

Los años "grises"

Cuando Siguán decidió dedicarse exclusivamente a la Psicolingüística me propuso ser ayudante de Psicología Social, su asignatura en la Facultad. Al año ya me encargó de la materia. Dejé algunas de mis actividades entre ellas la Sociología, que llevaba impartiendo en Económicas. Valoré dos razones: el mundo académico de la sociología era a nivel estatal un nido de víboras, en cambio el de la psicología, al menos el grupo de Siguán, gozaba de un buen clima colectivo. Además tuve la impresión acertada de que tenían mucha más potencialidad los estudios de

psicología, en vías de crecimiento y expansión. Aglutiné los profesores de las pocas asignaturas de naturaleza psicosocial que había (Dinámica de grupos, Psicología industrial, Selección y orientación profesional) y cuando pedí un ayudante a Siguán enseguida accedió diciéndome que ya podía buscar la persona adecuada.

Oportunamente Federico Javaloy había llegado de Alicante, vino a verme para expresarme su interés y deseo de enseñar psicología social. Lo acepté. Poco después también se ofreció Tomás Ibáñez, procedente de París donde se había formado, pero el puesto ya estaba comprometido. Pudo conseguir entrar en la Universidad Autónoma de Bellaterra, recién creada con este calificativo equívoco porque su objetivo real no fue autonomía alguna y menos volver al modelo republicano de la UB sino descargar de estudiantes a la Central y aislar las manifestaciones estudiantiles en una zona apartada y mal comunicada con Barcelona para hacer más discretas las posibles intervenciones policiales.

Eran los años de los PNN (profesores no numerarios), una categoría de profesorado creada para solucionar las necesidades ocasionadas por la masificación de la Universidad franquista con contratos renovables cada año aunque indefinidos de hecho. Pero cuando los PNN dominamos abrumadoramente la escena, el Ministerio tuvo serias dificultades para adecuar su política a la nueva situación. Sólo faltó el desaguisado del “año juliano” que intentó entronizar el ministro Julio Rodríguez, químico y del Opus, haciendo coincidir el curso universitario con el año natural, con lo que todos los universitarios españoles tuvieron las vacaciones más largas de su vida, medio año sin dar golpe al no empezar hasta enero de 1974. Por su idea genial y el desastre habido, el ministro fue cesado el mismo mes de enero.

Desde fines de los sesenta hasta comienzos de los ochenta, los PNN coincidimos con la revuelta estudiantil, heredera del mayo francés, en que planeabas una clase y si se daba te podía salir inesperadamente otra muy distinta. Vivimos unos años inolvidables, contradictorios, agitados, con episodios hoy insólitos, pero entonces cotidianos: a media clase se abrían de golpe las puertas del aula y dos policías (grises) te apuntaban con una “metralleta”, así la llamábamos, por si era una reunión ilegal. Reinaba el silencio y la tensión hasta que se cerraban las puertas entre murmullos y alguna risa inconsciente. La década

de los setenta fue la de la contracultura y la antipsiquiatría, la de citar a los hoy olvidados Marcuse y Laing. La universidad era apasionante, el alumnado estaba impregnado de innovación. Algunas clases no se daban ciertamente, pero las que sí, eran todo menos aburridas. Se estudiaba poco y se discutía mucho. Se vivía intensamente, con ilusión... hasta que llegó el cansancio. Años después, algunos anuncios de la prensa ofreciendo algún trabajo lo condicionaban a que no se hubiera estudiado en tal o cual promoción, esto es durante los años (de los) grises.

El primer congreso y el primer encuentro

El primer congreso de psicología social en España no fue, como suele decirse, en Granada en 1984 sino seis años antes en Barcelona. En efecto, en 1978 se celebró en esa ciudad el I Congreso Iberoamericano de Psicología Social, organizado por la Facultad de Medicina de la UB y la Universidad John F. Kennedy de Buenos Aires. (Antes, que yo sepa, sólo se había celebrado un intrascendente Simposio de Psicología Social, en Madrid, 1963.) Lo impulsó Juan Cuatrecasas, a la sazón profesor emérito de la citada universidad americana. Catalán exiliado en Buenos Aires, amigo ya de estudios de Mira y López, había cursado Medicina y Farmacia en la UB y hasta su exilio en 1937 fue catedrático de Patología General de la Universidad de Sevilla (1930) y poco después de la de Barcelona (1934). Sus intereses siempre giraron alrededor de la psiquiatría, pero con frecuentes incursiones en la psicología social (el hombre masa y la agresión, entre otros temas). El Congreso tuvo lugar en la sede de la Real Academia de Medicina de Barcelona (hoy, de Catalunya), no en balde los asistentes eran casi todos médicos abundando los psiquiatras de orientación social, como Martí Tusquets profesor de psiquiatría social.

Que recuerde, sólo había dos psicólogos sociales provenientes del ámbito psicológico no médico. Además de quien esto escribe asistió Gerardo Pastor, después catedrático de Psicología social en la Universidad Pontificia de Salamanca, que a la sazón ya había publicado un buen manual que sistematizaba la conducta interpersonal. Me honraron con la presidencia de una mesa, cosa que agradecí teniendo en cuenta que allí dominaban las cuestiones de interés clínico. El congreso abría y prometía un sugestivo y necesario puente entre el influyente campo de la medicina, la psicología y la ciencia social. Desgraciadamente no tuvo continuidad ni en Barcelona ni en Buenos Aires.

Dos años más tarde, en septiembre de 1980, en la Universidad Autónoma de Barcelona, el grupo de profesores de psicología social (Barriga, Ibáñez, González, entre otros) organizaba un Encuentro de psicólogos sociales a nivel estatal, preludio, con dos Jornadas más, de los Congresos Nacionales de la especialidad, iniciados en 1984 y con continuidad hasta hoy. A la par, la *Society of Experimental Social Psychology* celebró en Barcelona su reunión anual con un Simposium Internacional sobre los Procesos de Influencia social. Promovió el evento Gabriel Mugny, profesor de Psicología Social en la Universidad de Ginebra, formado con Serge Moscovici y Willem Doise. Interesado en relacionarse con Barcelona porque su esposa Carmen, profesora de música, era de Mataró y tenían una casa familiar en un pueblo cercano donde iban unas semanas cada verano. Me telefoneó y con mi mujer Núria les invitamos a casa. Mugny me contó su deseo de organizar dicha reunión y simposio en nuestra ciudad. Era una oportunidad inesperada, pero ante el sempiterno problema de la financiación por la UB le aconsejé que probara en la UAB. Afortunadamente allí obtuvo el apoyo necesario y el evento pudo celebrarse, como he apuntado paralelamente al mencionado Encuentro. Más éxito tuvo Gabi conmigo, tiempo después, cuando me ofreció publicar, en una colección que yo dirigía, un libro que reunía los últimos trabajos experimentales sobre psicología social del grupo de Ginebra.

Volviendo al mencionado primer Encuentro, recuerdo algo que me llamó mucho la atención. Yo creía que en Barcelona estábamos aislados, aunque los de la Central y la Autónoma nos veíamos con cierta frecuencia. Con estupor asistí el primer día a la escena de ver a profesores de Madrid pero de diferente Universidad o Facultad que se saludaban por primera vez. Aunque solo fuera por esto, el Encuentro ya era un éxito, pues sirvió para establecer entre todos unos lazos inapreciables, siendo el punto de partida de sucesivos encuentros hasta que adquirieron el formato de congreso.

Cátedra y departamento en la UB

En el franquismo y durante muchos años las cátedras salían con cuentagotas, pero la masificación y la presión del movimiento de los PNN llevó a sacar varias plazas a la vez. En 1983, aproveché una de estas convocatorias con nada menos que cinco plazas. Obtuve una siendo aún PNN, cosa nada frecuente. Elegí la plaza

de la *Universitat de les Illes Balears* en Mallorca, con la suerte de que todavía existía el derecho de los funcionarios a traslado, eliminado poco después, por lo que pedí una plaza vacante que había en la UB, plaza de la que pude tomar posesión al iniciar en octubre el curso el mismo año. En Palma sólo firmé la fundación del Departamento de Psicología con el antropólogo Cela, hijo del Nobel, entonces Decano. Me facilitaron sin vacilar el traslado porque no les interesaban profesores que no tenían el proyecto de asentarse en el lugar, cosa que yo sabía y que subrayé era mi caso.

Las cinco nuevas cátedras (Granada, Salamanca, Murcia, Baleares y Sevilla, a la que siguió poco después Santiago, que no llegó a tiempo en el paquete) abrían, sin duda, una nueva etapa que aseguraba la expansión territorial de la psicología social académica. Pronto la psicología social constituyó un pequeño mundo propio, donde todos nos relacionábamos a nivel del Estado. El panorama había cambiado. Fueron unos años en los que reinó un ambiente cordial y de fértil colaboración, siendo excepción las inevitables tensiones.

Un hecho clave a nivel estatal para el desarrollo y consolidación de nuestra materia fue la aprobación, por un Real Decreto de fines de 1984, de la psicología social como Área de Conocimiento. En principio, la previsión legal era que cada área, que agrupaba materias afines, sólo tuviera incidencia en la formación de las comisiones que juzgaban a los concursantes a plazas de profesorado universitario (catedráticos y titulares). Como era de prever, las consecuencias fueron decisivas. Las materias que no tuvieron la suerte de constituir un área quedaron limitadas en sus posibilidades y aspiraciones, mientras que las que pasaron a integrarse en áreas ganaron en identidad y tuvieron asegurado su futuro, aumentando sus posibilidades en cuanto a las asignaciones presupuestarias y en la política de plazas docentes.

Otro hecho clave, este a nivel de cada universidad, fue la constitución de los Departamentos, para lo cual se exigía contar con doce profesores numerarios adscritos al área correspondiente. Al principio, sólo la UB y la Complutense pudimos conseguirlo, aunque en esta última universidad, debido a la duplicidad de enseñanza en Políticas y en Psicología, el Departamento tuvo que ser interfacultativo. Lograrlo no fue empresa fácil, pues la mencionada condición y las

limitaciones derivadas de los planes de estudio, requirió poner en juego mucha estrategia ante las rivalidades internas en la Facultad por conseguir la ansiada docena de profesores necesarios para tener derecho a ser Departamento. A comienzos de los noventa, en el de Barcelona ya contábamos con más de 25 profesores, algunos becarios y numerosos colaboradores. Pocos años antes, esta inflación, era inimaginable.

La SOCAPS

En el III Encuentro propuse fundar una Sociedad Española de Psicología Social, pero la idea por prematura no prosperó. En 1982, con menos ambición, propuse a Tomás Ibáñez de la Universidad Autónoma de Barcelona fundar la *Societat Catalana de Psicologia Social* (SOCAPS). Fui elegido presidente y él vicepresidente reuniendo prácticamente todo el profesorado de ambas universidades y algún alumno y profesional más. Duró poco. Las primeras sesiones mensuales fueron un éxito, pero probablemente por ser demasiado frecuentes y a una hora un tanto intempestiva la asistencia fue decayendo hasta que la actividad quedó suspendida de facto. Fracásó.

SERGE MOSCOVICI (1925-2014): UNA SINOPSIS DE SU LEGADO INTELECTUAL Y CIENTÍFICO

Juan Antonio Pérez

Universidad de Valencia



Serge Moscovici murió el 15 de noviembre de 2014, a la edad de 89 años. Nació en 1925 en Braila (Rumanía). Desde 1938, que fue expulsado de la escuela por ser judío, hasta 1948 que logró el asilo político en París, vivió en propia persona lo que supone pertenecer a una minoría perseguida a muerte. En su autobiografía (*Chronique des années égarées*, 1997) cuenta una serie de experiencias terribles que como él mismo termina diciendo «lo que vi me empañó para siempre la visión que tenía de los hombres». Como vamos a ver, se preguntará reiteradas veces por qué el mundo está tan convencido de que la modernidad, el tan ensalzado triunfo de la Razón, es realmente un progreso y no una ideología más.

Se licenció en psicología en la universidad de la Sorbona y en esta misma universidad defendió en 1961 su tesis de *Doctorat d'État* (en Francia es un grado superior a la habitual tesis doctoral), *La psychanalyse, son image et son public. Étude sur la représentation sociale de la psychanalyse*. Al mismo tiempo realiza otra sobre los cambios sociales que suponen la reconversión industrial, *Reconversion industrielle et changements sociaux. Un exemple : la chapellerie dans l'Aude* (publicada por la editorial Albin Michel, 1961). En 1953 también se matriculó en l'École Pratique des Hautes Études, asistiendo con especial interés a los seminarios del prestigioso historiador de la ciencia Alexandre Koyré. Bajo la dirección de éste realizó una tesina sobre la mecánica galilea, publicada en forma

Con la colaboración de los miembros del comité Réseau Mondial Serge Moscovici ([REMOSCO-FMSH](#)):

Nikos Kalampalikis
Universidad de Lyon

Saadi Lahlou
London School of Economics

Denise Jodelet
EHESS, París

Themistoklis Apostolidis
Universidad de Aix-Marseille

Algunas partes de este texto son ampliaciones del texto: "In Memoriam: Serge Moscovici (1925-2014)" propuesto por Pérez, J.A., Kalampalikis, N., Lahlou, S., Jodelet, D. y Apostolidis, T., como obituario difundido por la Asociación Europea de Psicología Social. Puede consultarse en: http://www.easp.eu/themes/Serge_Moscovici.pdf

de libro: *L'expérience du mouvement. Jean-Baptiste Baliani, disciple et critique de Galilée*, 1967. A raíz de este trabajo, y recomendado por Koyré, obtiene una beca 1962-63 en el instituto Advanced Studies de Princeton.

Tras ocupar distintos puestos de investigación en el CNRS, en 1964 es elegido Director de Estudios en l'École Pratique des Hautes Études, donde ejerció toda su carrera en Francia. Formó un "Grupo de Estudios de Psicología Social" en el que desarrollaron sus primeros trabajos psicólogos sociales tan importantes para el futuro de la psicología social europea como son Jean-Léon Beauvois, Claude Faucheux, Claudine Herzlich, Jean-Claude Abric, Denise Jodelet, Willem Doise, Michel Rouquette. Fue profesor invitado en varias universidades, entre las que cabe mencionar New School for Social Research, (Nueva York, 1970-72), el Institut Jean-Jacques Rousseau, Universidad de Ginebra (1972-73) o la Universidad de Lovaina (1976). Durante quince años (1980-1995) fue Visiting Professor en la New School for Social Research (Nueva York).

Es uno de los fundadores de la psicología social europea. En 1965 se creó la Asociación Europea de Psicología Social Experimental y fue su primer presidente. En su libro con Ivana Markova, *The Making of Modern Social Psychology* (2006), cuenta el papel que jugó en esta creación el Transnational Committee on Social Psychology del Social Sciences Research Council, del que formaban parte, entre otros, Leon Festinger, John Lanzetta, Ragnar Rommetveit, Stanley Schachter, Henri Tajfel, Harold Kelley, Morton Deutsch. Desde entonces, durante más de medio siglo, dedicó todo su trabajo científico, intelectual e institucional a fundar la psicología social como una disciplina autónoma -aunque para él con puentes imprescindibles con la antropología y la sociología- para estudiar el amplio campo de los fenómenos sociales mixtos, que son a la vez individuales y sociales, y que fundan las culturas.

Se le otorgaron dieciséis Doctor Honoris Causa (Ginebra, Glasgow, Sussex, Sevilla -el profesor Silverio Barriga ha sido precursor en nuestro país en reconocer las rupturas teóricas que suponían los trabajos de Moscovici-, Bruselas, Bolonia, Londres, Roma, México, Pécs, Lisboa, Jönköping, Iasi, Brasilia, Buenos Aires, Evora). Recibió seis premios internacionales, entre los que cabe destacar los prestigiosos *Premio Europeo de las Ciencias Sociales y de Sociología* (1989), el *Premio Balzan* (2003) y el premio *W. Wundt & W. James* (2007).

Historia humana de la natura

Una de sus mayores obras es el libro *Essai sur l'histoire humaine de la nature*, publicado en 1968. Se trata de un trabajo transdisciplinar, monumental, en el que resume múltiples invenciones humanas de transformación y creación de la natura, o sea, la historia de relación del ser humano con el universo material. Sintetizando su principal tesis del libro con la cita de Marx, “el animal solo se reproduce a sí mismo, mientras que el hombre reproduce la natura”, sostiene, por un lado, que se da una completa unidad histórica de los estados naturales de la humanidad y, por otro, que cada estado natural suele originarse en la periferia del precedente, de modo que los grupos inventores no son los grupos dominantes en un momento dado, sino los marginados, los excluidos, los amateurs. Aborda a lo largo del libro toda una serie de campos científicos consagrados, como, por ejemplo, la mecánica, la electricidad, la química, para ilustrar cómo comenzaron siendo obra de amateurs, ilusionistas, magos, que en su día no eran más que gente marginal. Y esta historia humana de la naturaleza continúa.

De este trabajo sobre la historia humana de la natura se plantea la que será su cuestión estelar en la mayor parte de su trabajo intelectual y científico: el origen del conocimiento y de la innovación, tanto social como material. Centra su respuesta en la relación entre dos tipos de conocimiento inconmensurables: la ciencia y el *sensus communis* (sentido común). Ninguno de estos saberes es independiente del otro. Para él, la epistemología consiste en analizar la interacción entre el saber científico y el *sensus communis* o conocimiento social: cómo se transforman y cómo se transfieren mutuamente uno y otro tipo de conocimientos. Contrariamente a los presupuestos de la mayor parte de los epistemólogos, a saber, que, para que avance el saber científico, se debe limpiar la paja del grano, separar lo lego de lo científico, él cree que la ciencia sin ese *folk-knowledge* sería un solipsismo.

Se guía por dos hipótesis generales, que siempre subyacen a sus trabajos de uno u otro modo. Por un lado, no solo la continuidad entre el *sensus communis* con su saber hacer y el conocimiento científico, sino además una influencia recíproca permanente. En diversos campos rechaza tanto que se jerarquice como los saltos cualitativos, entre, por ejemplo, pensamiento mágico primitivo y pensamiento

racional moderno, entre natura y cultura o sociedad, entre hombres domésticos y hombres salvajes, entre el pensamiento social y el pensamiento científico.

Una segunda hipótesis está contenida en el mismo título del libro: la natura no es un ambiente externo donde evoluciona el ser humano, sino que el hombre crea y recrea esa natura a través del trabajo, según la fase de desarrollo en que se encuentre el recolector, el cazador, el agricultor, el artesano, la ingeniería técnica o el saber científico. La idea de que la natura no es independiente del hombre o de la cultura o de la sociedad, sino producto de la historia humana, la va a ampliar aún más en sus libros *La société contre nature* (1972) y *Hommes domestiques et hommes sauvages* (1974).

En estos libros aplica esa perspectiva teórica al proceso de hominización. El título del libro, la sociedad contra la natura, viene a llamar la atención de que en la separación natura/sociedad, o natura/cultura, hombre natura/hombre cultura, promiscuidad sexual original/familia, y antonimias semejantes, ninguno de esos criterios sirve para seguir los rastros del proceso de hominización. Tanto la historia del ser humano como la historia de los primates, de la que somos una rama, muestra que no hay un momento “cero” en el que la sociedad se impone a la natura, sino que la sociedad siempre aparece en la natura. La natura no es el ambiente externo, sino la relación que el hombre mantiene con ella. Ningún grupo humano, por primitivo o avanzado que se considere, está en tanto dato en sí ni más cerca ni más lejos de la natura. Moscovici desarrolla una hipótesis, cuanto menos original, según la cual el hecho capital no es la especiación de los primates, que el hombre desciende del mono, sino la separación (diferenciación social) que se dio dentro de una población que vivía de la recolección, y jerárquicamente organizada por edad y sexo, al surgir un grupo, bandas de jóvenes machos, “descontento” por no poder tener acceso al contacto sexual con las hembras bajo el control del macho superior, y que llevando una existencia social marginal, optan por explorar otros espacios (la sabana) y que terminan por reorganizarse en un modo de sociedad para no alimentarse solo de la recolección sino sobre todo de la caza de grandes animales. A partir de aquí la socialización consistirá en formar cazadores, etcétera. ¿Es una sociedad de cazadores superior a una de recolectores? La pregunta, o mejor dicho la respuesta, no tiene sentido alguno,

entre otras razones porque en realidad los cazadores surgen porque en la sociedad de recolectores eran unos marginados...

La teoría de las representaciones sociales

En su tesis de *Doctorat d'État*, desarrolla la teoría de las representaciones sociales, publicada en el libro *La psychanalyse son image et son public* (1976). En ella trata de responder a cuestiones sobre el origen del *sensus communis*, cómo se configura, qué lo caracteriza. Una de sus fuentes de inspiración directa fue la "filosofía del niño" estudiada por Piaget, en concreto en su libro *La représentation du monde chez l'enfant* (1926), en el que, en concordancia con su perspectiva constructivista (en oposición a la reflexología y conductismo entonces imperantes), se puede observar que el conocimiento del niño tiene todas las propiedades del pensamiento mágico (realismo, animismo, artificialismo, sociocentrismo), que en gran parte subyace a todo *folk-knowledge*. El desarrollo intelectual consiste en ir sustituyendo la operativa *folk-knowledge* por las reglas del pensamiento formal. Está bien aceptado hoy que la adquisición del pensamiento formal no desbanca el pensamiento mágico (Pérez, 2003). En múltiples partes el libro de Moscovici sobre las representaciones sociales deja entrever que a psicología genética de Piaget actúa como espejo (y quizá no solo en ese libro, pues no es casual, por ejemplo, que denominara su teoría de la influencia social teoría genética de la influencia, obviamente genético tomado en el sentido constructivista de génesis). Incluso el título del último libro que publicó (*Le scandale de la pensée sociale*, 2013) parece indicar que ese espejo nunca lo abandonó.

Comoquiera que sea, la originalidad mayor del libro sobre el psicoanálisis, su imagen y su público es el planteamiento de cómo una nueva teoría del ámbito científico se difunde y se propaga en el conjunto de la sociedad y pasa ser parte del saber popular. Estudia la difusión del psicoanálisis, esta nueva teoría sobre el comportamiento humano que por aquella época estaba suscitando un amplio interés mediático en Francia. Moscovici se centró así en una teoría relevante para la vida cotidiana de la gente y en este sentido siempre tuvo también en el punto de mira el marxismo, como teoría política y económica pertinente en el día a día de la gente. Mediante encuestas de opinión y análisis de artículos de prensa, analiza los procesos de transformación a los que la sociedad receptora somete la teoría del

psicoanálisis para asimilarlo, para verlo como un nuevo componente de la realidad. En definitiva cómo pasa a formar parte del *sensus communis* al que la gente recurre para explicar día tras día el comportamiento de la gente. Esta representación social del psicoanálisis termina adquiriendo una entidad independiente de la teoría original. De este modo, el inconsciente, por ejemplo, viene a significar que la persona no puede conocerse del todo a sí misma y que hay dinámicas psíquicas no conscientes en su constitución (p. ej.: complejos, lapsus) y por ende en su comportamiento. También muestra cómo el contenido de la teoría del psicoanálisis es transformado según las inserciones sociales del receptor, según los grupos, categorías o clases sociales a los que pertenece. Así, los comunistas lo tachan de “ciencia burguesa”, los nazis de “ciencia judía”, los católicos lo comparan al confesionario, los estudiantes de medicina lo asimilan a la curación.

Cabe añadir que su relación con Piaget fue también personal e institucional. Se conocieron en París, la época (1952-1963) en la que Piaget era profesor en la Sorbona (fue el sucesor de la cátedra de Merleau-Ponty). Cuando Piaget ya estaba instalado en Ginebra, le propuso la docencia de Psicología Social de la universidad de Ginebra. Moscovici estuvo un año (1972-73) impartiendo clases en esta universidad, pero acabó sugiriendo que fuera uno de sus mejores discípulos, Willem Doise, quien se ocupara de tal docencia. Doise, primer catedrático de Psicología Social de Ginebra, no sólo cumpliría como nadie los deberes académicos que Piaget esperaba de la psicología social, sino que además continuó, a parte de sus conocidos trabajos sobre la categorización social y las relaciones entre grupos, con dos de los grandes temas de la psicología social planteados por Moscovici: la importancia de la interacción social en el desarrollo de la inteligencia (articulación Piaget-Moscovici altamente lograda) y la influencia de las minorías. El primer estudiante que “fichó” Doise, Gabriel Mugny, desarrolló la influencia de las minorías en Ginebra, y el tema del desarrollo sociocognitivo de la inteligencia lo vienen trabajando en colaboración desde entonces, con el reconocimiento científico que este enfoque ha tenido y tiene. Frederic Munné, en el prólogo a la traducción al castellano del manual de *Psicología Social Experimental* de Doise, Mugny y Deschamps (1980), bautizó los trabajos realizados y dirigidos por estos dos investigadores como la Escuela de Ginebra de Psicología Social (a la que yo mismo fui proyectado por mi primer profesor de psicología social de la Universidad

de Salamanca, Eugenio Garrido). Toda esta trayectoria le sería reconocida por la Universidad de Ginebra a Moscovici en 1980 con el primero de los dieciséis Doctor Honoris Causa que posteriormente le fueron otorgados. Y fue el auditorio *Jean Piaget* de esta universidad el que eligió para dar una de sus primeras grandes conferencias sobre el pensamiento mágico en 1986. Pocas veces me he encontrado en semejante auditorio tan repleto y tan pensativo. Dejándonos llevar un poco por la historia ficción, hubiera sido intelectualmente apasionante conocer la respuesta de Piaget (había muerto en 1980) a la exposición realizada por Moscovici en esa conferencia sobre la persistencia y predominio de este tipo de pensamiento en nuestras sociedades más “avanzadas”.

Volviendo al libro sobre las representaciones sociales del psicoanálisis, con este estudio describe dos procesos sociocognitivos que intervienen en las representaciones sociales, la objetivación y el anclaje, a través de los cuales lo extraño o lo inhabitual se hace familiar; son como dos bielas mediante las que se articula un determinado nivel de abstracción de un concepto o teoría científica con la cultura propia del sentido común y las acciones cotidianas. La objetivación consiste en traducir teorías, nociones, ideas o conceptos abstractos en imágenes concretas. El anclaje es centrarse en la realidad que a uno le es familiar e inscribir la representación en ese sistema de conocimiento preexistente. Como hemos visto, buena parte de este trabajo sobre las representaciones sociales trata de mostrar cómo cada grupo fabrica sus propias bielas, que le sirven para asimilar y acomodar sus comportamientos a las teorías, descubrimientos, avances que se producen fuera de lo que se conoce o se sabe dentro de ese grupo.

En realidad la objetivación y el anclaje son sistemas de comunicación a través de los cuales se elabora un nuevo contenido (la representación en cuestión) que siempre contiene algo del emisor y algo del receptor. Así, una de las partes más originales de esta obra magistral es la que dedica a analizar los sistemas de comunicación, en función de cómo el emisor, al construir el mensaje o seleccionar la información que va a transmitir, siempre tiene en cuenta la relación social (la influencia) que pretende establecer con el receptor. Entre estos sistemas de comunicación ilustró la difusión (la comunicación va orientada a traspasar las fronteras o pertenencias categoriales), la propagación (comunicación dentro de

una categoría social dada) y la propaganda (comunicación orientada a acentuar las diferencias entre categorías).

Psicología social del lenguaje

Nunca estuvo convencido de los planteamientos que predominan en los estudios del cambio de actitudes y opiniones. En uno de sus primeros artículos en el *Annual Review of Psychology* (1963), critica dos aspectos de esa tradición de la psicología social. Por un lado, tanto el concepto de actitud como el de opinión, los ve como algo individual, como un agregado. Por otro lado, el modelo de Lasswell (quién dice qué, a quién, a través de qué canal, etc.), o sea, el modelo del emisor-mensaje-receptor, le pareció propio de un modelo que no incluía lo esencial de la comunicación y de la influencia que es la interacción. Para Moscovici en la comunicación humana no hay un mensaje, una retórica, un lenguaje, que sean universales o acontextuales. No existe la elaboración de un mensaje en un vacío. Emisor y receptor se influyen mutuamente en la construcción del mensaje aunque solo lo firme el emisor. No hay escritura sin el público al que se cree que va dirigida.

Esta hipótesis la desarrolla en sus trabajos sobre el lenguaje. En un capítulo en los *Advances of Experimental Social Psychology* (1967) y en el libro *The Psychosociology of Language* (1972, p. v) advierte que no existe un campo que pueda llamarse psicología social del lenguaje y trata de delinear lo que sería su materia. Comenzó nada menos que cuestionando la hegemónica distinción de F. Saussure entre *lenguaje* –un sistema estable de relaciones entre unidades léxicas– y *habla* –un conjunto de usos de ese sistema por la comunidad de hablantes. Para Moscovici, más que separar ese aspecto formal de su uso social, lo que habría que hacer es reconstruir las circunstancias bajo las cuales se han creado las distintas lenguas en nuestras sociedades y que dejaron su marca en esas lenguas. Por otra parte, argumenta que, aunque a menudo se dice que el lenguaje como comunicación mantiene una sociedad unida, sin embargo, se podría perfectamente sostener justo lo inverso: las fuerzas cohesivas, conflictos, negociaciones, festividades y rituales, que caracterizan una sociedad dada, son factores que generan reglas lingüísticas y metalingüísticas y están en la base de su combinación y difusión.

Veía el lenguaje como una forma de comportamiento simbólico. Es decir, que el lenguaje simboliza algo para alguien. La lengua está insertada en un vasto campo de psicología colectiva: concepciones sociales, mitos e ideologías de las que sólo analíticamente se puede separar. Señala conexiones entre el fenómeno lingüístico y el liderazgo, resolución de problemas, la persuasión interpersonal o grupal. Observa que la creatividad lingüística viene instigada y estructurada por los intercambios colectivos. El lenguaje no está solo almacenado en el cerebro sino que también está almacenado en la sociedad. Para él no era posible separar el código lingüístico del acto de la comunicación, de la relación entre el emisor y el receptor.

La comunicación es un proceso de producción lingüística. La planificación del discurso es el primer punto examinado porque ahí se combinan los elementos léxicos y no léxicos. Conociendo las relaciones sociales entre emisores y receptores, sus motivaciones y sus distancias, se pueden predecir características del mensaje, tales como aspectos gramaticales, redundancia, grado de formalismo, las cuales están en correspondencia con una situación dada. Es así como los sistemas de comunicación están ligados a los sistemas léxicos o sintácticos. El hablante real, los que en realidad crean los patrones y cánones del lenguaje son los grupos: clases, naciones, profesiones, grupos culturales, culturas rurales o urbanas, etc. Observando esos grupos, en lugar de concentrarse en el nivel del niño o del individuo, es como se aprenderá cómo se producen y se seleccionan unas u otras frases, con una u otra gramática. Las diferencias entre esos grupos sobrepasan con mucho las diferencias que resultan a nivel individual.

Apoyado en su pericia de historiador de la ciencia, su trabajo en este campo lo dedicó a seleccionar en un libro una treintena de trabajos de otros investigadores que mejor apuntaban estas hipótesis.

Psicología social tripolar

Tuvo la suerte de haber participado en las primeras reuniones de psicólogos sociales organizadas en Europa por Lanzetta en las que conoció a grandes figuras de la psicología social norteamericana: Festinger, Deutsch, Pepitone, Schachter, etc. Estos primeros encuentros, como escribe en su libro (en colaboración con

I. Markova) *The Making of Modern Social Psychology (2006)*, fueron casi casuales. Pero terminaron por llevarlo a ser uno de los “padres” fundadores de la actual psicología social europea, y no sólo científicamente, sino institucionalmente: creación del *European Journal of Social Psychology* y de la Asociación Europea de Psicología Social Experimental. Fraguó una intensa colaboración y amistad con Festinger. De él tomó diversas orientaciones sobre lo que incumbía estudiar a un psicólogo social. Con él se convenció de la importancia del método experimental. Aunque importancia no significó nunca exclusividad para Moscovici. Practicó la diversidad metodológica. Por un lado, siempre tuvo algo de wundtiano al pensar que hay fenómenos en las representaciones sociales, en el *folk knowledge*, que han de ser descubiertos recurriendo al análisis de las comunicaciones durante las interacciones. Por otro, tenía la visión de la experimentación como experiencia, o sea, donde se descubre algo nuevo. En cierta manera, nunca se tomó muy en serio el mantra de la experimentación como estrategia de verificación de una teoría. No faltaron coloquios en los que se le podía oír decir, medio en broma medio en serio, “si el experimento va contra la teoría, peor para él”. Pero al mismo tiempo, escuchaba y leía los experimentos con mucha minuciosidad (véase, por ejemplo, el capítulo *Attitudes and Opinions* en el *Annual Review of Psychology*). Prestaba una atención particular buscando si el experimento meramente había variado un parámetro o si realmente abordaba una variable. Era muy crítico con esa tendencia que se limita a repetir experimentos sólo para variar un nuevo parámetro, dejando de lado el problema o el fenómeno real estudiado, o incluso programas de investigación que se (auto)justifican inventando una realidad para tautológicamente estudiarla.

Esta entrada en la psicología social de la mano de figuras como Festinger le llevó a seguir al pie de la letra el consejo general que éste daba en sus múltiples encuentros en el Tansnational Commitee, a saber, que no se dedicaran a replicar en Europa los estudios que se hacían en EE.UU, para ver si se encontraban diferencias culturales. Había algo más importante que estudiar, como era la cultura, costumbres o tradición propia de cada pueblo. En este planteamiento general veía que encajaba perfectamente su interés por la importancia del lenguaje, la diversidad lingüística, tan característica de Europa (aunque en este punto Festinger no pareció del todo convencido).

Su dedicación a la psicología social coincidió también con la llamada crisis de la psicología social. Aunque esta crisis se centraba mayormente en cuestiones metodológicas, para él la cuestión era epistemológica y sobre todo tratar de conceptualizar la cuestión estelar de la psicología social, como para la biología es la transmisión de la vida o para la economía el mercado. Y esa cuestión de la psicología social para él no era otra sino el *sensus communis*. De uno u otro modo, este sentido común siempre interviene en la relación sujeto-objeto. Nunca entendió por qué algunos psicólogos sociales buscan en el individuo y su cerebro lo que reside en la interacción social. Insistía en el concepto de psicología social tripolar (sujeto-otro-objeto) para señalar que el individuo siempre está en interacción social o en un diálogo interior con el otro. Y que es a través de esa interacción como se difunde y se propaga el conocimiento lego, y sobre todo se crea, porque en definitiva en la vida social no hay transmisión sin transformación de lo transmitido, tanto de la parte del que emite como de su receptor. No hay cerebro humano que sea mera máquina de responder; siempre es una máquina de inferir, o sea, que de un dato extrae otro dato que no necesariamente está literalmente contenido en el mensaje. Este proceso de comunicación, específico de la especie humana, en el que la información no es procesada, sino interpretada, será para él un principio del que ninguna teoría que se quiera realmente psicosocial debería obviar. En reiteradas ocasiones fue muy crítico con la metáfora cibernética del hombre como máquina de responder, de procesar información, que reduce el “conocimiento social” a mera “cognición social”.

Después de haber publicado su libro sobre las representaciones sociales se interesa por otros grandes ámbitos en los que desarrolla esta perspectiva de la psicología social. Un tema bastante transversal en su obra es el estudio de la innovación. Como era habitual en él, primero observa un fenómeno general y después trata de conceptualizarlo y analizarlo. Observa sin más que las sociedades cambian, en unos temas a un ritmo y en otros a otro. Se pregunta entonces por la innovación y por el origen del conocimiento social. Propone dos de sus teorías quizá más conocidas por los psicólogos sociales *mainstream*. Una es la teoría de la polarización colectiva y otra la teoría de la influencia de las minorías.

Como hemos visto su primer contacto con la psicología social de EE-UU, la

única entonces institucionalizada, se produce de la mano del grupo de psicólogos de tradición lewiniana. Siguiendo esta tradición lewiniana en ambas teorías sitúa el cambio y la innovación en el estilo de comunicación e interacción entre individuos y colectivos sociales. Así, por ejemplo, junto con Claude Faucheux abordaron la hipótesis de cómo, según la estructura de comunicación dentro de un grupo (centralizada o libre), se produce uno u otro efecto sobre el rendimiento: los grupos con estructura centralizada resolvían mejor tareas lógicas muy estructuradas, mientras que los grupos con comunicación libre rendían mejor en tareas de creatividad.

Teoría de la toma de decisiones colectivas

Una de sus aportaciones más claramente reconocida es la teoría de la polarización colectiva. Hasta los años 60 los trabajos dedicados a estudiar el comportamiento del individuo en grupo se focalizaban casi exclusivamente en el fenómeno del conformismo, según el cual las opiniones y normas de un grupo venían dictadas por lo que opinara la mayoría de los miembros del grupo, por el líder o por los miembros con más información (expertos) o con más autoridad dentro del grupo. Los procesos de influencia dentro de un grupo eran explicados con la clásica teoría de la influencia normativa e informativa, según la cual la influencia se reducía a la dependencia normativa e informativa: los miembros más dependientes, menos competentes, con menos recursos o en posición minoritaria, serían más influidos que influyentes, y se mostrarían conformistas, aquiescentes con el resto del grupo.

Otra idea predominante en psicología social era que, incluso en casos de cierta simetría o reciprocidad en la influencia de unos sobre otros, lo que se observaba habitualmente era una moderación de los juicios. Era el caso, por ejemplo, de los estudios de Allport sobre la moderación de los juicios en presencia de los demás o los de Sherif con el paradigma de la normalización. Siguiendo la teoría de las presiones a la uniformidad de Festinger, los estudios de Schachter mostraban las presiones del grupo sobre el desviado y la exclusión de éste. Lo mismo se observaba en los estudios de Asch sobre el conformismo, donde la presión normativa del grupo era tal que el individuo aislado prefería mostrarse conformista con el error del grupo antes que mantener la verdad en solitario. Por

otro lado se tenía también que individuos expertos, informados, con conocimiento y experiencia se dejaban llevar con relativa facilidad por el “espíritu de cuerpo-de-grupo”, como describe Janis en su célebre libro *Victims of Groupthink* (1972).

A principios de los años 60 los psicólogos sociales iniciaron un nuevo campo de investigación sobre la toma de decisiones en grupo. Fue en 1961 cuando Stoner dio a conocer sus estudios en los que comparaba la adopción de riesgo por los individuos cuando tomaban las decisiones en solitario o cuando las tomaban en grupo. Los resultados de sus estudios mostraban que en grupo las decisiones eran más arriesgadas. Esto contradecía toda aquella visión del grupo como normalizador, nivelador de extremos y lugar en el que los individuos hacían compromisos y moderaban sus juicios individuales.

Que las decisiones en grupos resultaran más arriesgadas que el conjunto de las decisiones individuales, a menudo se interpretó en la perspectiva teórica de las masas (propuesta mayormente por Le Bon), según la cual el individuo al entrar en la masa pierde el autocontrol, la moderación y racionalidad. La conclusión de que el grupo era más “irracional” o peligroso que el individuo, cuadraba además bastante bien con una determinada política y representación de la sociedad, la cual suponía que en situación colectiva las personas reaccionan de manera excesiva y sin medida, con independencia de las reglas morales o actitudes que les han sido inculcadas antes, como si juntos devinieran lo contrario de lo que son de modo aislado.

Moscovici conoce bien todos esos estudios, pero también conoce y admira los trabajos de Kurt Lewin donde muestra cómo el grupo es capaz de cambiar comportamientos importantes para el individuo mientras que el enfoque *mass-media* de la Escuela de Yale sobre la persuasión y cambio de actitudes fracasa a la hora de inducir tales cambios en los comportamientos. Moscovici escruta con todo detalle los procesos psicosociales que ponen en juego los experimentos de Lewin. Básicamente advierte que si el individuo se implica activamente en una discusión de grupo durante la que se expresa una amplia divergencia de puntos de vista, y si, pese a todo, al final el grupo llega a un consenso, esta posición final del grupo puede representar un cambio respecto a lo que eran las posiciones iniciales de los miembros de ese grupo. A partir de ahí, solo faltaba mostrar que el grupo es un

motor de cambio de las posiciones individuales previas a la discusión de grupo y que los cambios pueden ir tanto en la dirección de un mayor riesgo como en la dirección de una mayor prudencia.

Emprende un amplio programa de investigación (mayormente en colaboración con Zavalloni y Doise) donde se compara la posición en la que se establece el consenso tras la discusión en grupo a la posición que resultaba al calcular la media de las posiciones individuales antes de participar en la discusión de grupo (pre-consenso). Con estos experimentos descubren lo que denominan la polarización colectiva, es decir, que los consensos siempre son más extremos que los pre-consensos y que la polarización siempre va hacia el polo que ya tienden inicialmente los pre-consensos. Es decir, la polarización colectiva es un fenómeno más general que el *risky shift* (la adopción de riesgo en grupo que había observado Stoner, y otros después de él), ya que en grupo se tenderá tanto a ir más hacia el riesgo como hacia la prudencia: si individualmente los miembros de un grupo (pre-consensos) tienden hacia el riesgo, tras la discusión en grupo (el consenso) tenderán aún más hacia el riesgo, pero si los pre-consensos tienden hacia la prudencia, los consensos irán aún más hacia la prudencia.

¿Cómo explicar que el grupo se pone de acuerdo sobre una posición más extrema que los pre-consensos? Frente a factores como la dilución de la responsabilidad, el atractivo de la argumentación más extrema, el peso de la mayoría, la comparación social, la familiaridad con los otros que haría desaparecer la incertidumbre, la calidad y cantidad de la información de los otros que persuade al individuo, o la influencia normativa e informativa, en la teoría de la polarización colectiva se propone que es la implicación en la discusión activa, junto con la divergencia y conflicto que surge en el grupo lo que explica que los juicios en grupo sean más extremos y que se polarizan hacia el lado que tienden inicialmente. Se afianza así que frente al grupo normalizador existe también el grupo generador de cambio.

El hecho de reunirse varios individuos para tratar un tema dado ya realiza en sí la importancia de ese tema. Al discutirlo se acentúan tanto los puntos comunes entre los reunidos como los contrastes; cuando un tema importa los debates son intensos, y la implicación colectiva crece. Y esta implicación crea la corriente que

arrastra al grupo en la dirección de sus normas, actitudes iniciales, ya sea la clemencia o el pacifismo, ya la agresividad, la violencia o el riesgo. Los argumentos más próximos a los valores dominantes entre los miembros del grupo se percibirán como colectivos y serán los que más se repetirán y circularán dentro del grupo. El extremismo no es un movimiento de distancia con respecto a la media, sino un movimiento hacia un valor prominente en el grupo, o sea, una polarización.

En otro plano, Moscovici enseguida vio que este fenómeno de la polarización colectiva planteaba múltiples cuestiones teóricas y prácticas más generales. En cualquier sociedad circulan cientos y cientos de informaciones, noticias, datos. Cabe estudiar cómo se rompe una cierta simetría, o campo de fuerzas en interacción en equilibrio, el cual hace que esa información pase prácticamente desapercibida, y cómo, una vez roto ese equilibrio, entonces se polariza la atención de un colectivo dado sobre una u otra información, con la consiguiente polarización de los sentimientos colectivos sobre el tema. Esta cuestión la ha teorizado en una serie de artículos publicados en el *European Journal of Social Psychology* con el físico Serge Galam.

Otro reto teórico importante era comprender cómo llegan los individuos a adoptar una posición común. Las alternativas son o el compromiso o el consenso. Según las teorías existentes sobre el comportamiento del individuo dentro de un grupo, se planteaba que para llegar a un acuerdo común había que reducir la divergencia y el conflicto mediante un compromiso (cada parte cedía un poco). Pero el grupo no tiene por qué limitarse a moderar, nivelar, redondear las opiniones de sus miembros, sino que las lleva más al extremo que ya tienden y en ese extremo se puede alcanzar un consenso, lo que constituye una polarización colectiva. La polarización sugiere que el consenso es un medio, incluso un método, de cambiar las normas y las reglas de la vida colectiva. Su función no es eliminar las tensiones y preservar el equilibrio entre las propuestas alternativas, sino al contrario dejar que se modifiquen progresivamente unas con otras hasta que se forma un elemento común.

Por lo tanto, que la posición final del grupo acabe en un compromiso (cada uno cede algo) o en un consenso (se ponen de acuerdo en una postura nueva, que no era la de ninguno en particular), todo depende de cómo transcurre la

participación según las circunstancias. El grupo que alcanza consensos es aquel en el que todos los miembros participan por igual sin ventaja unos sobre otros y se expresan sin reglas restrictivas y tienen la impresión de haber contribuido a la decisión final, a la cual se adhieren. Por el contrario, el grupo normalizador (que opera sobre compromisos) es aquel regulado por la jerarquía, competencia y el miedo a la disensión. Para la teoría de la polarización colectiva, las reglas del diálogo, de la participación, de la comunicación e interacción son más importantes que el volumen de información y conocimientos de los participantes en el grupo. Lo crucial no es la competencia de los individuos que forman el grupo sino el sistema de relaciones que se instaura en el grupo.

En el libro *Dissensions et consensus. Une théorie générale des décisions collectives* (1992), escrito en colaboración con Willem Doise, abordan en toda su extensión cómo contrarrestar o inducir el pensamiento grupal conformista, cómo hacer de un grupo normalizador un grupo creativo, eficaz y más acertado en sus decisiones. La teoría de la polarización colectiva tiene un amplio campo de aplicación en la psicología de las instituciones, en la psicología política, en la psicología jurídica y en todas aquellas organizaciones en las que se tengan que tomar decisiones en grupo. Merecería tenerla más en cuenta en el funcionamiento cotidiano de muchas organizaciones. Baste citar como ejemplo, la auditoría sobre el Fondo Monetario Internacional (FMI) elaborada por la Oficina de Evaluación Independiente (2011) con el objetivo principal de determinar por qué el FMI no fue capaz de prever la llegada de la crisis financiera y económica que aún padecemos. En dicho informe advierten que, pese a disponer de suficientes datos que sugerían el advenimiento de la crisis, el FMI, con todo su “ejército” de expertos, no fue capaz de detectar vulnerabilidades y riesgos importantes y alertar a sus miembros. Los autores de este interesante informe recurren precisamente a la noción de pensamiento grupal de Janis para explicar tan llamativo fracaso del FMI y sugieren otros procedimientos de trabajo y de interacción en los grupos y comisiones encargados de analizar la cuantiosa y valiosa información que reciben. Básicamente sugieren lo que propone la teoría de la polarización colectiva: un espíritu más participativo de todos, menos procedimientos jerárquicos, mayor expresión de los puntos de vista divergentes, y, en síntesis, más consenso en lugar de compromiso, conformismo y sumisión.

Influencia de las minorías activas

Al mismo tiempo que lleva a cabo sus trabajos sobre la polarización colectiva, se interesa por la innovación y el cambio social. Si la invención es crear algo nuevo, la innovación es sustituir lo ya existente. Para Moscovici la innovación no debe considerarse como un fenómeno secundario, una forma de desviación o inconformismo, sino que es un proceso fundamental para cualquier sociedad.

Uno de sus primeros libros sobre la reconversión industrial en una fábrica de sombreros y en las minas de carbón (*Reconversion industrielle et changements sociaux. Un exemple: la chapellerie dans l'Aude*, 1961) y la ocasión de asistir en primera línea tanto en EE.UU. como en Francia a los movimientos sociales de finales de los 60, movimientos feminista, antinucleares, contra-culturales, ecologistas, regionalistas, movimientos por los derechos civiles, que cuestionan el orden social, político y que pugnan por introducir nuevos valores, le llevan a reconocer que representan algo más que una mera desviación del cuerpo social y bastante más que una mera anomia. Ve cómo constituyen minorías activas que proponen activamente modelos alternativos de formas de vivir, pensar y comportarse y que pueden llevar a la mayoría, si no a adherirse inmediatamente a esos modelos, al menos a cambiar su orientación societal. Se da cuenta así de que las categorías mayoría/minoría, constituyen categorías sociales naturales de las sociedades y establece la interacción entre esas categorías como algo fundamental para el análisis del cambio y la innovación social.

Lo original de este reconocimiento de las minorías activas es que cuando se hablaba de minoría a menudo solo se pensaba en la desviación social. Moscovici advierte que la diferencia entre desviado y minoría activa es sustancial, puesto que el desviado se define con respecto al grupo mayoritario: transgrede, se aparta o protesta, pero siempre se mueve dentro del marco o visión de la mayoría. Por el contrario, la minoría activa plantea sus propias posiciones, tiene su propio marco o visión y lo propone como una solución de reemplazo, es portadora de innovación social.

Se propone conceptualizar este fenómeno de la innovación social. Revisa las teorías de la influencia social que se manejan en psicología social desde los años

30. Como es ampliamente conocido, tras la segunda guerra mundial, y en concreto tras el auge y el holocausto perpetrado por los nazis, los experimentos de Asch sobre el conformismo del individuo ante el grupo, los estudios de Festinger y sus discípulos sobre las presiones a la uniformidad, de Milgram sobre la obediencia a la autoridad, de Adorno sobre la personalidad autoritaria, de Rokeach sobre el dogmatismo o incluso de Deconchy sobre la ortodoxia religiosa, todos tratan de comprender el comportamiento conformista y sumiso del individuo ante el grupo, el líder, la autoridad o el dogma. El paradigma de Asch era ejemplar por cuanto se sometía al individuo a la presión de un grupo que le contradecía no ya una idea abstracta, una opinión, una creencia o una preferencia por algo, sino su propia percepción visual, la más simple y evidente. Nada podía cuestionar más la racionalidad que desde la ilustración se pretende que califique al ser humano moderno, civilizado, autónomo. La pesadilla de la psicología social, como lo denomina nuestro colega Amalio Blanco.

Moscovici llega a la conclusión de que ninguna de esas teorías reserva un papel importante a todos esos movimientos minoritarios que en interacción con la mayoría estructuran el devenir de una sociedad. Y por supuesto, ninguna de esas teorías se ocupaba de explicar la potencial influencia de esas minorías activas. Observa que se da una gran confusión entre influencia social y poder. Reducen la influencia a disponer de un poder (coercitivo, normativo, informativo, referencial, etc.), con lo que entonces el resultado es siempre el mismo: un incremento de la conformidad y la uniformidad sociales. Las minorías eran todas conceptualizadas y tratadas como desviaciones sociales cuya inserción en el sistema social había fracasado. La única función que se asignaba a los procesos de influencia social era mantener y reforzar el control social, lograr integrar en el sistema todos esos desviados. Pero Moscovici ve que no todas las minorías sociales se comportan de igual modo. Mientras unas son anómicas, sencillamente no acatan las normas, pero tampoco proponen otras alternativas, sin embargo, otras minorías son nómicas, y luchan activamente por influir en la mayoría y generar un cambio de normas.

Junto con sus colaboradores (particularmente: Faucheux, Lage, Personnaz), plantea dos cuestiones estelares: ¿puede una minoría influir? ¿Cómo? Los

primeros experimentos los dirige a descubrir que la influencia minoritaria existe. Hoy esto puede parecer un poco simple, pero hay que saber que para Moscovici el principal cometido de la experimentación no es confirmar hipótesis sino descubrir fenómenos. Se pregunta entonces qué pasa si se le quita el poder a la fuente de influencia. Si en lugar de verse expuesto o confrontado a una mayoría (numérica en estos primeros experimentos), el individuo se viera expuesto meramente a una minoría. En convergencia con otros laboratorios, como en el de Gabriel Mugny en Ginebra o de Charlan Nemeth en Berkeley, donde también se realizan toda una variedad de experimentos, surgen dos conclusiones de los resultados observados. Primero que efectivamente una minoría obtiene mucha menor influencia pública o manifiesta que una mayoría. Pero descubren que la influencia ejercida por las fuentes con poder tiene una naturaleza diferente de la ejercida por las minorías. A diferencia de la aquiescencia (*compliance*), de la influencia solo en público, que inducen las primeras, las minorías no provocan una adhesión manifiesta, inmediata, consciente, como suele ser el caso en los movimientos de masas y desplazamientos espectaculares, pero sí ejercen una mayor influencia latente, indirecta, diferida. En 1980 basándose en ese conjunto de estudios propone su teoría de la conversión del comportamiento.

El gran reto teórico es explicar cómo se produce esta influencia de las minorías activas. Sabe por sus estudios sobre la polarización colectiva que todo individuo en un grupo, independientemente de su rango, es fuente y receptor potencial de influencia. Por tanto ve claro que no se debe confundir influencia con estatus o poder. Pero al mismo tiempo se da cuenta que ni los estudios sobre la polarización, ni los estudios sobre el conformismo, pueden explicar la innovación, el cambio social. Después de todo, la polarización es un cambio, pero no una innovación *sensu stricto*, puesto que en grupo lo que sucede es que se hace más extrema la tendencia inicial de cada individuo hacia un polo u otro.

En el libro *Social influence and social change* (1976) propone su modelo genético o interaccionista de la influencia social. A diferencia de las teorías de la influencia social que predominan en sociología y psicología social, presupone que, sea cual sea el rango o el poder de un individuo o de un grupo, puede ejercer una influencia sobre la colectividad de la que forma parte. Los principales factores

tienen que ver, primero, mostrarse activo para dar visibilidad a su alternativa de cambio, crear y mantener una agenda de conflicto con la mayoría en temas que también le incumben, pero en los que la mayoría no se atreve a abordar y que suele tender a evitar el conflicto; temas contra-corriente, innovadores, prohibidos, tabú o incluso peligrosos en la medida en que abogan por sustituir el orden establecido. Y sobre todo adoptar un estilo de comportamiento consistente. Mediante la consistencia la minoría da a entender a la mayoría o al poder que no va a renunciar a la alternativa que defiende, que va a resistir toda presión social y que no va a pactar. De este modo una minoría activa nómica (que propone una alternativa normativa) induce un cambio en las relaciones en la sociedad. Allí donde sólo había anomia, desviación social, y que la mayoría sólo veía un problema, ahora hay una anti-nomia, una alternativa, una oposición, o sea, un conflicto.

Ante un conflicto las reacciones de la mayoría suelen comenzar por tratar de ignorar la posición minoritaria. Pero si la minoría se mantiene consistente, el siguiente paso de la mayoría suele ser proponer el pacto, pedirle una moderación o reformulación de sus posiciones, llegar a un acuerdo con la minoría. Si la minoría se mantiene consistente, persiste y se niega a todo pacto o compromiso con la mayoría, la tercera fase suele ser la exclusión, denigración, psicologización de la minoría. No hay influencia minoritaria sin resistencia activa a sus posturas. Pero una minoría que gana visibilidad social, que no cesa de comportarse como minoría nómica, reafirmando sus posiciones y manteniendo una tensión activa, de mera desviación pasa a ser minoría con una alternativa real que tarde o temprano cala en la mayoría, aunque solo sea para reducir el conflicto sociocognitivo que esa minoría no cesa de generarle.

En resumen, en su teoría de la influencia social, y no solo minoritaria, el estilo de comportamiento es el elemento determinante. Mediante éste la fuente de influencia acentúa las tensiones de orden intelectual y social al insistir consistentemente en lo que la opone y diferencia del blanco de influencia. La consistencia es un comportamiento lleno de inferencias: da lugar a ver la minoría como absolutamente convencida de su postura, que no va a pactar o reformular su posición y que el conflicto solo se resolverá si los otros cambian porque ella no va a

ceder un ápice. A lo largo de toda su vida, Moscovici vio en las minorías sociales activas el mejor medio para innovar, para sacar a una colectividad, a una sociedad, de su solipsismo, de sus automatismos y hábitos normativos.

La ecología política

Su teoría de la influencia de las minorías activas tiene una estrecha relación no solo con sus experimentos de laboratorio sino también (muchos dirán sobre todo) con su implicación política. Inicialmente, junto al etnólogo Robert Jaulin, creador del término etnocidio, se implica impartiendo una serie de seminarios «salvajes», de etnología subversiva, fuera de los horarios y programas universitarios oficiales, en los que entre otras muchas cuestiones denunciaban la masacre de grupos étnicos y culturas minoritarias. La enorme afluencia de público a estos seminarios le lleva a implicarse y sistematizar su pensamiento de ecología política (cf., *De la Nature. Pour penser l'écologie*, 2002). Fue miembro fundador del movimiento político dentro del movimiento ecologista en Francia. Llegó incluso a presentarse en París a las elecciones municipales en 1977 (aunque en 1984 abandonó el partido) como representante del movimiento ecologista. Su ideario ecologista lo publica en el libro *Pourquoi les écologistes font-ils de la politique ?* (1978). En coherencia con su anterior libro historia humana de la natura, sostiene que la natura se construye, es una elección y por tanto es materia política.

El gran objetivo que él se trazaba mediante este movimiento social y político (nunca lo reducía sólo a la política, al revés incluso, pues abogaba para que continuara como movimiento minoritario activo antes que transformarse en partido político) era concebir nuevas formas de vivir, "réenchanter le monde" (re-encantar el mundo), como él lo resumía, jugando epistemológicamente con la analogía de la cultura mágica de la que tanto se ha querido distanciar la modernidad con su "Razón". Hay una cuestión de fondo que nunca abandona a lo largo de su carrera intelectual: ¿por qué se ensalza tanto la modernidad si desemboca en tragedias como el genocidio perpetrado por los nazis, el goulag soviético o la bomba atómica? Se preguntaba si, viendo el modo de vida contemporáneo que supuestamente habría domesticado la natura, la parte salvaje de la especie humana, mediante la cultura, la modernidad no había creado más horrores de los que habría evitado.

Su interés primordial por el movimiento ecológico no era promulgar una vuelta a la naturaleza, sino lo que él llamaba la “cuestión natural”: llevar las sociedades a que piensen, se pregunten, elijan qué tipo de natura quieren. Advertía que esto no es una cuestión de los comités de ética y de moral (entre otras razones porque para él no cabe hablar de expertos ni en ética ni en moral), sino que es un asunto de todos y cada uno de los ciudadanos.

Cuestiona así múltiples aspectos de la ideología imperante. Por ejemplo, la relación entre valores sociales y producción de conocimiento científico. Era muy crítico con los armamentos de destrucción masiva. Pero no tanto por un trasfondo pacifista, cuanto porque era un producto de la ciencia. Recordaba que el ecologismo nació contra la bomba atómica, ante la obligación de plantear una nueva reflexión sobre natura y ciencia. Quizá su idea más innovadora, que no ha perdido ni un ápice de relevancia, era que, partiendo de que la política sobre la natura depende hoy más que nunca de la política de la producción de conocimientos científicos y técnicos, el movimiento ecologista debía llevar a la gente a pensar, a sopesar las consecuencias, y a elegir sobre la “tecnología política”, o sea, qué tipo conocimientos, qué tipo de relaciones desea implementar una sociedad y a qué ritmo desea introducirlos en su vida cotidiana. No dejó de insistir que había que preocuparse de la “bomba eugenética”, como él la llamaba. Muchos grandes proyectos en la ciencia se justifican con el mantra de que ayudarán a curar a la gente, cuando sobran demostraciones de que esos descubrimientos también van a ayudar a matar a la gente.

Otro gran eje para el programa ecológico era la masificación de las ciudades, pero no por el aumento de la población, sino por la forma que adquiere en las ciudades y por lo que supone la vida social en masa, sobre todo la imperceptibilidad del individuo a la que abocan muchas de esas ciudades. Defendía que había que modificar fundamentalmente el sistema social, en lo que concierne la producción (de bienes y de saber), la distribución del trabajo, el modo de consumo para salir del círculo infernal según el cual cuanto más se tiene, más se derrocha y cuanto más se derrocha, más se necesita tener.

Y así va apuntando un largo listado de paradojas en las que se asientan nuestras sociedades, con la esperanza de que un día reciban una respuesta de

sentido común. Para él la cuestión no es estar a favor o en contra del progreso científico y técnico, sino la cuestión natural: qué técnica y qué ciencia. Como él mismo lo resumía “si me preguntas por el Concorde o un coche que va a trescientos kilómetros por hora, la respuesta es no. Si se trata de una casa en la que se puede vivir mejor, una energía descentralizada y regenerable, la respuesta es sí”. No se trata por tanto de volver al pasado, sino de reflexionar qué tipo de natura se quiere crear a partir del tipo de sociedad, tipo de saber y de técnica por el que se opta.

Una cuestión de socioepistemología: hechos vs valores

Como hemos visto, Moscovici conceptualizó la interacción entre sentido común y ciencia de múltiples formas y campos de aplicación. Otra de ellas (Moscovici, 1995) es cuando propone dos formas de pensamiento que subyacen al modo como suele abordarse la prehistoria y la historia, las sociedades primitivas y las sociedades modernas, lo periférico y lo central, el extranjero y el autóctono, la minoría y la mayoría étnicas, la creencia y la ciencia, la tradición y el progreso, etc. En unos casos se aplica el pensamiento estigmático, que crea dos entes en oposición y los ontologiza. Por ejemplo, se ha pretendido separar la modernidad, la sociedad racional, de todo el resto de las sociedades. El pensamiento estigmático trata de romper los “símbolos” que nos unen entre nosotros. En el pensamiento estigmático la racionalización se traduce en una neutralización progresiva de los valores y sentimientos colectivos. Según él esta forma de pensamiento está bien propulsada en Descartes o Weber.

Sin embargo, las figuras de la irracionalidad, magia o ideología, diabolizan todo eso que se quiere excluir, condenar como restos inadecuados o estadios preliminares de la modernidad. Frente al pensamiento estigmático estaría el pensamiento simbólico para el cual la racionalización aparece como una sucesión de inclusiones de saberes y de creencias que han florecido a lo largo de la historia, para darles otro valor y otra motivación. Se restituye una cualidad de razón a las religiones, a las creencias mágicas, a las culturas dichas primitivas, a las minorías étnicas, a los saberes populares. Esta otra forma de pensamiento estaría para Moscovici representada en Durkheim o Pascal.

Con la separación que supone el pensamiento estigmático, se aspira a formar una *tabula rasa* sobre la que se construye una nueva era, la era de la modernidad. Pero esto es una visión muy simple de la racionalización, y de momento los hechos muestran que poco digna de muchas alabanzas en nuestra sociedad (véase, por ejemplo, el libro *Modernidad y holocausto* de Zygmund Bauman, 2006). Sin embargo, para Moscovici es cuando se renuncia a hacer *tabula rasa* cuando se consigue traducir la ciencia en una creencia y en un sentido común compartidos, o sea, a transformar las estructuras actuales de la razón en una segunda natura, inconsciente, susceptible de generar pasiones colectivas y normas morales. Hay muchos ejemplos de que los comportamientos humanos cotidianos son impermeables a la fría información y consejos del saber experto.

Constituye una gran tragedia cultural la impotencia a la hora de poder transformar el universo de nuestros conocimientos, portadores de verdad, (la ciencia), en un universo de creencias, portadoras de valores. Por un lado nos apoyamos en las energías de la ciencia, la técnica o de la economía y por el otro sobre valores como la nación o la religión, incluso sobre un mito remanente como es el de la raza. Nos resulta imposible armonizarlos o frenarlos. El suelo social está lleno de escombros de culturas y formaciones precedentes. Su existencia no siempre puede ser disimulada y a menudo reaparece con viveza: no es fácil deshacerse de los Bretones, Occitanos, Indios, Gitanos, etc. No se debería olvidar que el pasado permanece lleno de vida y que el contacto con las “florecillas pisoteadas al borde del camino” (como llegó a decir Hegel) nos es necesario. Esta memoria histórica no puede ser perdida bajo pena de vivir una vida recortada y sin flores (cf., Jodelet, 1993).

Mientras que la creencia juega un papel fundamental en el funcionamiento y fundación de la vida social, la racionalidad hoy por hoy no tanto. No sabemos cómo dotar a nuestros conocimientos de una fuerza propia de la creencia, el arte de transformar nuestras acciones en valores, nuestras ideas en convicciones firmes y consistentes, de hacer surgir de nuestra razón una fe colectiva. Ante esta carencia, todo, incluida la moral, navega en una nostalgia de virtudes y de sentido perdidos, en un emotivismo, y los discursos ético-políticos, al igual que los *mass-media*, no comunican ya informaciones u opiniones, sino emociones. Y si la

creencia no gobierna el conocimiento de la realidad, ella sola da una realidad al conocimiento. He aquí todo un legado que Moscovici nos deja para reflexionar en tanto psicólogos sociales preocupados por descubrir la relación entre información, emociones, prejuicios y comportamientos, por ejemplo.

Ha habido mucha ilusión creyendo que el imperio de los conocimientos se extendía y que el de los valores retrocedía; pero ambos se extienden en paralelo en el ámbito social. En varios escritos Moscovici sostiene que la distinción entre juicios de valor y juicios de hecho, objetivos, es obsoleta. Los valores –igualdad, justicia, democracia, etc.- introducen un orden entre las alternativas que existen dentro de un grupo, dan un sentido a la comunicación entre esos miembros, ofrecen un punto de anclaje relativamente estable a sus opiniones, juicios, conocimientos y comportamientos. Ese punto común es el que sirve para discutir sobre la información, compararla, aceptar o rechazar las diversas alternativas. Se hace esto incesantemente, cuando se valora si una información es útil o inútil, una solución prudente o temeraria, una media política favorable o desfavorable a su país, el veredicto de un jurado justo o injusto, una teoría científica válida o no.

En fin...

Me he limitado a señalar algunas de las aportaciones que considero como el mejor legado que nos deja para la psicología social. Un historiador de la ciencia, un sociólogo o un antropólogo con toda certeza trazarían otro esquema y nos harían ver otras aportaciones igual o más relevantes. Y es que su amplia, activa y creativa carrera intelectual y científica aparece siempre anclada en grandes cuestiones para la sociedad y las culturas, en la encrucijada de las ciencias humanas y sociales, donde él se movía como en su propia casa. He pasado muy por alto, quizá en demasía, sus obras en las que realiza relecturas siempre estimulantes como la que hace de los grandes clásicos de la psicología de las masas, Le Bon, Tarde, Freud en el libro *L'âge de foules* (1981), o la de los fundadores de las ciencias sociales como Weber, Durkheim, Simmel en el libro *La machine à faire de dieux* (1988). También he pasado por alto la larga lista de capítulos y manuales en los que reescribe, con su excelente pluma y originalidad, grandes capítulos de la psicología social como el altruismo, la atribución causal, la comparación social, la cognición social, y así un largo etcétera.

En suma, estas diez mil palabras solo han sido seleccionadas con la esperanza de que den al lector una somera idea del gran pensador y hombre de acción que los psicólogos sociales en particular y la sociedad en general hemos perdido con su muerte.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2006). *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur.
- Doise, W., Deschamps, J. C. y Mugny, G. (1980). *Psicología social experimental*. Barcelona: Hispano-Europea.
- Jodelet, D. (1993). El lado moral y afectivo de la historia: Un ejemplo de memoria de masas, el proceso a K. Barbie, 'El carnicero de Lyon'. *Psicología Política*, 6, 53-72.
- Janis, I. L. (1972). *Victims of groupthink: A psychological study of foreign-policy decisions and fiascoes*. Boston: Houghton Mifflin.
- Lasswell, H. D. (1948). The structure and function of communication in society. En L. Bryson (Ed.) *The communication of ideas*. New York: Institute for Religious and Social Studies.
- Moscovici, S. (1961). *Reconversion industrielle et changements sociaux. Un exemple: la chapellerie dans l'Aude*. París: Armand Colin.
- Moscovici, S. (1967). *L'expérience du mouvement. Jean-Baptiste Baliani, disciple et critique de Galilée*. París: Hermann.
- Moscovici, S. (1968). *Essai sur l'histoire humaine de la nature*. París: Flammarion.
- Moscovici, S. (1972). *The psychosociology of language*. Chicago: Markham Pub. Co.
- Moscovici, S. (1972). *La société contre nature*. París: Union Générale d'Édition.
- Moscovici, S. (1974). *Hommes domestiques et hommes sauvages*. París: Union Générale d'Éditions.
- Moscovici, S. (1976). *La psychanalyse, son image et son public*. París: P.U.F. (Trad. Cast. : El psicoanálisis, su imagen y su público. Buenos Aires : Huemul, 1979)
- Moscovici, S. (1976). *Social influence and social change*. Londres: Academic Press (Trad. Cast. : Psicología de las minorías activas. Madrid: Morata).
- Moscovici, S. (1980). Toward a theory of conversion behavior. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology*, Vol. 13 (pp. 209–239). New York: Academic Press.
- Moscovici, S. (1981). *L'Âge des foules: un traité historique de psychologie des masses*. París: Fayard.
- Moscovici, S. (1988). *La machine à faire des dieux: sociologie et psychologie*. París: Fayard.
- Moscovici, S. (1995). Modernité, sociétés vécues et sociétés conçues. En F. Dubet y M. Wiervorka (Comps.) *Penser le sujet. Autour d'Alain Touraine*. París: Librairie Arthème Fayard.
- Moscovici, S. (1997). *Chronique des années égarées: récit autobiographique*. París: Stock.
- Moscovici, S. (2001). *Le réenchantement du monde, une écologie politique*. París: Éditions Métailié.
- Moscovici, S. y Markova, I. (2006). *The making of modern social psychology*. Cambridge: Polity Press.
- Moscovici, S. (2012). *Raison et cultures*. París: Éditions de l'Ehess.
- Moscovici, S. (2013). *Le scandale de la pensée sociale*. París: Editions de l'Ehess.
- Oficina de Evaluación Independiente (2011). IMF Performance in the run-up to the financial and economic crisis . Recuperado en [enlace](#).
- Pérez, J. A. (2003). Las representaciones sociales. En D. Páez (Ed.), *Psicología social, cultura y educación*. Madrid: Pearson Educación.
- Piaget, J. (1926). *La représentation du monde chez l'enfant*. París: F. Alcan.

Enviar manuscritos para este Boletín a:
boletinnoticias@sceps.es

Edita:

Sociedad Científica Española de Psicología Social

Director:

Álvaro Rodríguez-Carballeira

Director asociado:

Omar Saldaña

Barcelona

